

COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**



# HISTORIA DE UN ADULTERIO

Edición de Gregorio Torres Nebrera

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Historia de un adulterio”:  
Gregorio Torres Nebrera

## HISTORIA DE UN ADULTERIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

Esta comedia se estrenó en el teatro Valle-Inclán, de Madrid,  
la noche del 27 de febrero de 1969, con el siguiente REPARTO

ADELAIDA..... *Amelia de la Torre*  
ROSALÍA..... *Gloria Cámara*  
LA MUCHACHA..... *Ana Isabel Diosdado de la Torre*  
ERNESTO..... *Enrique Diosdado*  
JORGE..... *Alberto Bové*  
EL DOCTOR..... *Joaquín Roa*  
EL MUCHACHO..... *Alberto Crespo*

Decorado: TORRE DE LA FUENTE

Dirección: ENRIQUE DIOSDADO

## ACTO PRIMERO

**U**n pequeño salón, íntimo y acogedor, puesto con esmero, riqueza y buen gusto, en un suntuoso hotel particular enclavado en un elegante barrio residencial de las afueras. Al fondo, una espaciosa entrada diáfana. A la derecha –lados del público–, una puerta pequeña, y más allá, otra, de dos hojas, en chafán con el fondo. A la izquierda, una terraza sobre el jardín, que es, prácticamente, una prolongación del salón. En el jardín se advierten muchas plantas verdes. En esta zona de la izquierda, muy en primer término, hay dos sillones. En el sector de la derecha, un cómodo sofá con una mesita delante, llena de cachivaches, periódicos y revistas. Unas flores. Son las diez de una noche de primavera. Todas las pantallas<sup>1</sup> están encendidas.

*(Cuando se alza el telón, en escena se hallan Adelaida –toda una dama, exquisitamente vestida–, Rosalía –una radiante mujer de unos treinta años– y Jorge, que es un hombre desenvuelto de buen aspecto. Los tres, en pie, en el centro del salón, están mirando muy inquietos, con una gran ansiedad, lo que sucede en el interior que corresponde a la puerta de la derecha, que está abierta)*

ADELAIDA.—*(Muy impaciente)* ¡Jesús! Pero ¿qué hace ese médico?

ROSALÍA.—¡Mujer! Le está reconociendo...

ADELAIDA.—¿Todavía?

ROSALÍA.—¡Naturalmente!

ADELAIDA.—¡Qué pesado!

*(Adelaida, inquietísima, empieza a pasear de un lado a otro)*

JORGE.—Calma, calma...

ADELAIDA.—¡Jorge! ¿Tú crees que ese médico que nos ha caído del cielo es de fiar?

JORGE.—¡Por favor! ¡Adelaida! ¡Un poco de calma!

ADELAIDA.—¡Oh!

---

<sup>1</sup> Metonimia por ‘lámparas’ de la estancia.

*(Rosalía, que continúa atisbando lo que sucede en el interior de la otra habitación, exclama:)*

ROSALÍA.—¡Ay! ¡Ya!

ADELAIDA.—¿Qué?

ROSALÍA.—¡Ya! ¡Ya viene el doctor!

ADELAIDA.—A ver...

*(En la puerta de la derecha aparece el doctor. Es un viejecito terriblemente desaliñado. Trae entre las manos un estetoscopio, todavía desplegado, con el que, sin duda, acaba de auscultar a alguien. Parece un poco intrigado)*

EL DOCTOR.—¡Hum! Ta, ta, ta...

ADELAIDA.—*(Impacientísima)* Hable, doctor.

ROSALÍA.—Diga...

JORGE.—¿Qué?

*(El doctor, pensativo, lanza una mirada al interior de la habitación que acaba de abandonar, y luego, vuelto hacia Adelaida, Rosalía y Jorge, inquiere con muchísimo interés:)*

EL DOCTOR.—¡Je! Dígame...

ADELAIDA.—Sí...

EL DOCTOR.—Por curiosidad, ¿ese señor está enfermo?

*(Adelaida, Jorge y Rosalía se quedan estupefactos. Y los tres a un tiempo:)*

LOS TRES.—¿Cómo?

ROSALÍA.—¿Qué dice?

ADELAIDA.—¡Doctor! ¿Y es usted quien lo pregunta?

EL DOCTOR.—*(Sonríe)* Bueno. Quiero decir que si padece alguna enfermedad crónica...

ADELAIDA.—¡Oh! Bueno, el reuma, un poco de gota<sup>2</sup>...

ROSALÍA.—También se queja del hígado...

---

2 Gota: exceso de ácido úrico en sangre, que incide en el funcionamiento renal y que causa fuertes dolores en las articulaciones (artritis gotosa).

JORGE.—Dice que tiene la tensión alta...

EL DOCTOR.—(*Satisfecho y concienzudo*) Vamos, lo normal. Como todo el mundo.

ADELAIDA.—¡Oh!

EL DOCTOR.—(*Muy en funciones*<sup>3</sup>) Bien, bien, bien. ¿Qué ha pasado?

ADELAIDA.—(*Inquieta*) ¿Cómo? ¿Quiere usted saber lo que ha pasado?

EL DOCTOR.—¡Naturalmente!

*(Adelaida, Rosalía y Jorge se miran en silencio, con una evidente turbación)*

ADELAIDA.—¡Jesús! ¡Qué curiosidad!

ROSALÍA.—Pues si no ha pasado nada...

ADELAIDA.—(*Puntual*) Bueno, hijita. Haz memoria. La verdad es que estábamos discutiendo...

EL DOCTOR.—¿Discutiendo?

JORGE.—Verá usted, doctor. Discutiendo, lo que se dice discutiendo...

ADELAIDA.—Sí, sí, sí. ¡Discutíamos!

JORGE.—¡Je!

ADELAIDA.—¿Por qué negarlo? Todo el mundo tiene derecho a discutir.

ROSALÍA.—(*Vivamente*) ¡Pero nosotros tres estábamos de acuerdo!

ADELAIDA.—¡Naturalmente! Porque teníamos la razón. ¡Toda la razón!

JORGE.—De pronto, él, en plena discusión, se excitó un poco...

ROSALÍA.—¡Se puso muy pálido...!

ADELAIDA.—Le dio como un vahído, pobrecito, y cayó ahí, en ese sofá...

EL DOCTOR.—(*Muy interesado*) ¡Ah! ¿Sí?

ADELAIDA.—¡Sí!

ROSALÍA.—¡Así! Así fue...

JORGE.—Así mismo...

EL DOCTOR.—¡Hola! Entonces ya está todo claro. Probablemente, en medio de esa violenta discusión que ustedes sostuvieron, ocurrió algo que a él le produjo una fuerte impresión... (*Un levísimo silencio*) ¿No es eso?

*(Adelaida, Rosalía y Jorge, casi inconscientemente, vuelven a mirarse)*

---

3 *Muy en funciones*: adoptando el talante examinador de un médico al iniciar exploración y diagnóstico médica.

JORGE.—No sé. Yo, ahora, no puedo recordar.

ADELAIDA.—Yo tampoco...

ROSALÍA.—Fue todo tan rápido, tan inesperado...

ADELAIDA.—(*Dolorosamente*) ¡Un susto! ¡Un susto espantoso doctor! Figúrese que estábamos tomando una copa, haciendo tiempo para sentarnos a la mesa y cenar...

EL DOCTOR.—(*Sinceramente*) ¡Qué trastorno!

JORGE.—Naturalmente, en seguida llamamos a la clínica de urgencia...

EL DOCTOR.—(*Muy ufano*) ¡Je! Y a los pocos minutos llegaba yo...

JORGE.—Sí, señor.

EL DOCTOR.—¡Ah! Es que estamos muy bien organizados...

*(Y en ese momento se oye, dentro, la voz de Ernesto)*

ERNESTO.—(*Dentro*) ¡Adelaida!

LOS TRES.—(*Vivamente*) ¡Ay!

ADELAIDA.—¡Me llama! (*Adelaida, en una viva transición, seguida de Rosalía y Jorge, marcha hacia la puerta de la derecha. Los tres van contentísimos*)  
¡Ernesto! ¡Cariño!

ROSALÍA.—¡Ernesto! ¡Cielo!

JORGE.—¡Ernesto! ¡Muchacho!

*(Entran los tres en la habitación. Y se oyen sus voces)*

ADELAIDA.—(*Dentro*) ¿Estás bien?

ROSALÍA.—(*Dentro*) Pero ¿bien, bien? ¿De verdad?

JORGE.—(*Dentro*) ¿No te duele nada? Habla, Ernesto, di algo...

*(Un largo y profundo silencio. Y por donde se fue surge Adelaida disparada, indignadísima, casi huyendo)*

ADELAIDA.—¡Grosero!

EL DOCTOR.—¡Je!

ADELAIDA.—¡Grosero! ¡Maleducado! ¡Ordinario!

*(Entra Rosalía, sofocadísima)*

ROSALÍA.—¡Jesús! ¡Qué malos modos!

*(Aparece Jorge muy confundido)*

JORGE.—¡Qué barbaridad! ¡Qué genio! Nunca le he visto así. Es la primera vez que le oigo decir palabrotas...

*(Un silencio. El doctor mira en torno y sonríe con un poco de embarazo)*

EL DOCTOR.—*(Suavemente)* ¡Je! ¿Por qué no le dejan ustedes solo un ratito?

*(Un silencio de indecisión de Adelaida)*

ADELAIDA.—¿Usted cree?

EL DOCTOR.—Sí, señora.

ADELAIDA.—Bien, si eso es lo mejor para él... *(Adelaida da unos pasos hacia el chaflán)* ¡Doctor! Tiene usted que perdonarnos. Resulta que cuando usted llegó, con el susto y las prisas y todo el jaleo, ni siquiera nos hemos presentado... Yo soy la señora de Luján. *(Un suspiro)* Ese señor que ha sufrido un desvanecimiento y ahora está en la habitación de al lado, portándose de un modo incorrecto y diciendo inconveniencias, es mi marido.

EL DOCTOR.—*(Sonriendo)* ¡Je! Ya, ya me había figurado yo...

*(Adelaida se vuelve hacia Jorge y Rosalía)*

ADELAIDA.—Jorge Aguirre.

JORGE.—*(Amable)* ¿Cómo está usted?

EL DOCTOR.—Encantado...

ADELAIDA.—La señora de Aguirre, naturalmente...

ROSALÍA.—*(Muy ligera)* ¿Qué tal?

EL DOCTOR.—¡Je! A sus pies, señora...

ADELAIDA.—*(Un poquito conmovida)* ¡Doctor! Debo advertirle que Jorge y Rosalía, este matrimonio encantador, son nuestros mejores amigos...

JORGE.—¡Je!

ADELAIDA.—¡Ah! Él es un hombre extraordinario: activo, emprendedor, maravilloso. Ya ve: surgió de la nada y ahí está. Y todo el mundo dice que llegará muy lejos.

JORGE.—*(Modestamente)* Vamos, vamos, Adelaida. ¡No hables así!



ADELAIDA.—(*Cariñosísima*) ¡Tonto! ¿Por qué no? (*Y ahora, contemplando a Rosalía con muchísima ternura, casi maternal*) ¡Oh! ¿Y de ella qué voy a decirle? A la vista está...

ROSALÍA.—(*Con cierto rubor*) Mujer...

ADELAIDA.—(*Interesadísima*) ¿Le gusta a usted Rosalía, doctor?

EL DOCTOR.—¡Señora!

ADELAIDA.—¡Oiga! No me diga que no, porque Rosalía le gusta a todo el mundo...

EL DOCTOR.—¡Je!

ROSALÍA.—(*Muy sofocada*) ¡Ay, Adelaida! Pero qué cosas dices...

ADELAIDA.—Calla, calla, tontita...

ROSALÍA.—¡Oh!

JORGE.—¡Je! Buenas noches, doctor.

EL DOCTOR.—Buenas noches.

ADELAIDA.—¡Buenas noches!

EL DOCTOR.—¡Señora!

*(Rosalía y Jorge se van por la entrada del chaflán. Adelaida los sigue. Pero antes de salir, mirando a la puerta de la derecha, suspira y dice con táctico y evidente reproche:)*

ADELAIDA.—¡Ah, los hombres! ¡Dios mío! Pero qué tercos y qué rebeldes y qué indómitos son los hombres...

*(Sale. El doctor, solo, mueve la cabeza con filosofía y sonríe. Luego recoge su estetoscopio, que guarda en un viejo maletín. Y bajo el dintel de la entrada de la derecha aparece Ernesto. Es un hombre en plena madurez, que ahora aparece muy fatigado. Se queda allí quieto, un instante, junto a la puerta. El doctor le mira y sonríe con simpatía)*

EL DOCTOR.—¡Je! ¿Qué tal? ¿Cómo se encuentra? ¿Bien? ¡Naturalmente! No ha sido nada. Una falsa alarma. Es esta vida moderna, ¿comprende? Vivimos todos en un torbellino, en una pura tensión. Y de pronto, izas! ¡Je! Bueno. Para resumir, yo podría recetarle ahora unas pildoritas y qué sé yo cuantas cosas más. Pero ¿para qué? Es una lata. Tómese un whisky con soda, que está muy rico...

*(Ernesto, en silencio, cruza la escena despacio y se abandona en un sillón, a la izquierda. Luego mira largamente al doctor y sonrío)*

ERNESTO.—Míreme bien, doctor. ¿Qué le parezco? ¿Eh? ¿Qué le parece a usted el espectáculo de un hombre que pide socorro? ¡Un hombre nada menos! Eso, tan cantado y tan maravilloso.

*(El doctor, confundidísimo)*

EL DOCTOR.—¿Cómo? ¿Qué dice?

ERNESTO.—*(En una transición, con otro tono)* ¡Doctor! Hace muchos años, cuando yo era todavía un muchacho lleno de alegría y cargado de esperanzas, me decía a mí mismo que, en efecto, ser hombre es algo muy importante. Porque hombres fueron, pensaba yo, Shakespeare y Platón y Leonardo y Miguel Ángel y Beethoven. Y entonces, sin poderlo evitar, la cabeza se me llenaba de gloria y de orgullo y yo llegaba a creer que dentro de mí, porque era un hombre como ellos, vibraba un ser fantástico y prodigioso capaz de hacer versos como Shakespeare, de inventar una filosofía como Platón, de pintar como Miguel Ángel y de componer la Quinta sinfonía como Beethoven. Pero un día, mucho tiempo después, caí en la cuenta de que también son hombres y, a veces muy hombres, qué duda cabe, los ladrones, los traidores, los cobardes, los imbéciles y hasta aquel caballero inglés, tan puritano y tan decente que, según leí una vez en los periódicos, todas las tardes, de siete a ocho, se dedicaba a estrangular prostitutas por razones de índole moral.<sup>4</sup> Y, naturalmente, desde ese día, me parece espantoso —me figuro que a usted, doctor, le ocurrirá algo parecido— tener que reconocer que en lo más hondo de mi ser puede esconderse, sin que yo lo sepa, sin que yo lo sospeche siquiera, un pequeño cobarde y hasta un pequeño y taimado imbécil...

EL DOCTOR.—¿De veras?

*(Un levísimo silencio. El doctor, que ha escuchado inmóvil, está boquiabierto. Ernesto, ahora, se vuelve hacia él y le mira penetrantemente)*

---

<sup>4</sup> Vaga referencia al asesino en serie Jack el Destripador o a otro asesino imaginario inspirado en el mencionado asesino de Whitechapel.

ERNESTO.—¡Doctor! En confianza, ¿cree usted que de verdad debemos sentirnos muy orgullosos de ser hombres?

EL DOCTOR.—(*Atribuladísimo*) ¡Hombre! Pues, ¿qué quiere usted que le diga? A mí me gusta...

ERNESTO.—(*Una sonrisa*) ¡Je! Esto sí que es gracioso. Todavía no he empezado a confesarme con usted y ya estoy intentando justificarme. ¡Qué pintoresco! ¡Qué absurdo afán de inocencia! (*Con sincera curiosidad*) ¿Por qué? ¿Por miedo?

EL DOCTOR.—(*Impresionadísimo*) ¿Usted cree? (*Y ni corto ni perezoso, muy asustado, inicia la escapada hacia el fondo*) ¡Vaya! ¡Buenas noches! ¡Que usted lo pase bien!

ERNESTO.—(*Muy enérgico*) ¡¡Quieto!!

(*El doctor se detiene sorprendido*)

EL DOCTOR.—¿Cómo?

ERNESTO.—(*Casi con angustia*) ¡No se vaya, doctor!

EL DOCTOR.—¡Señor mío!

ERNESTO.—¡No me deje solo!

EL DOCTOR.—¡Oiga! ¿Qué le sucede ahora? ¡Tranquilícese! Usted no me necesita. Mañana su médico de cabecera le dirá...

ERNESTO.—(*Airadamente*) ¡Eso no me importa nada...!

EL DOCTOR.—¿Cómo? ¿Qué dice?

ERNESTO.—(*Obstinado, apremiante*) ¡No se vaya, doctor! Le ruego que no se vaya...

EL DOCTOR.—(*Atónito*) Pero, señor mío...

ERNESTO.—¡Vamos! ¡Siéntese ahí!

EL DOCTOR.—¿Que me siente?

ERNESTO.—¡Sí!

EL DOCTOR.—(*Empequeñecidísimo*) Bueno. Si usted se empeña, me sentaré... (*Y dócilmente, El doctor se sienta en el otro sillón, frente a Ernesto, saca un pañuelo y empieza a secarse el sudor que le invade copiosamente la frente*) ¡Señor! Pero ¡qué cosas me pasan a mí! ¿De manera que se va usted a confesar conmigo?

ERNESTO.—¡Sí!

EL DOCTOR.—¿Ahora?

ERNESTO.—¡Naturalmente!

EL DOCTOR.—(*Con mucho apuro*) ¡Oiga! Pero si nos acabamos de conocer...

ERNESTO.—¡No importa!

EL DOCTOR.—¡No tenemos confianza!

ERNESTO.—¡No importa! Le digo que no importa...

EL DOCTOR.—¡Hum! (*El doctor mira a Ernesto con mucha atención. Y dice, de pronto, con otro tono, con una nueva ternura*) ¡Hijo! Pero ¿tan solo, tan solo se siente usted esta noche?

(*Un silencio. Ernesto baja la cabeza con un insólito rubor, casi avergonzado*)

ERNESTO.—Sí, doctor. Me siento solo, muy solo, espantosamente solo. Figúrese usted, mi soledad es tan grande que esta noche solo le tengo a usted...

EL DOCTOR.—(*Mirándole*) ¡Pobre!

ERNESTO.—Por eso tengo que confesarme con usted. Por eso tengo que justificarme ante usted. Por eso quiero que usted me oiga, me comprenda y, si es posible, me disculpe. Porque el azar ha querido que esta noche sea usted el otro. Ese otro que todos soñamos cuando el aire de la soledad se hace irrespirable. ¿Me entiende? (*Ernesto calla un segundo y sonrío*) No puedo seguir hablando a solas, doctor. Es terrible tener que oírse a uno mismo: se llega a odiar la propia voz. Necesito un interlocutor que me escuche. Y después de todo, ¿quién mejor que usted, que es un desconocido y que cuando salga de esta casa lo olvidará todo? Será como si yo hubiera arrojado mi secreto al viento...

EL DOCTOR.—(*Respetuosísimo*) ¡Oiga! Entre nosotros: ¿no será que está usted un poco loco?

ERNESTO.—(*Sonríe*) ¡No! Todavía no...

EL DOCTOR.—(*Muy asustado*) ¡A ver si es que ha cometido usted un asesinato!

ERNESTO.—¡Oh, no!

EL DOCTOR.—¿Una estafa?

ERNESTO.—Tampoco...

(*El doctor, excitadísimo, sacude un puñetazo sobre el brazo de su sillón*)

EL DOCTOR.—¡¡Porras!! Entonces, hable de una vez. ¡Dígame qué le pasa! ¡Que no puedo más! ¡Que me estoy muriendo de curiosidad! ¡Hala!

ERNESTO.—¡Doctor! Ante todo, permítame que me presente. Me llamo Ernesto Luján...

EL DOCTOR.—¡Tanto gusto! ¡Adelante!

ERNESTO.—(*Con sencillez, muy natural*) Tengo un rascacielos...

EL DOCTOR.—(*Un respingo*) ¿Cómo? ¿Un rascacielos?

ERNESTO.—¡Sí!

EL DOCTOR.—¿Dice usted que tiene un rascacielos?

ERNESTO.—(*Sonriente*) Sí, doctor. Un rascacielos hermosísimo, todo de cristal, que al atardecer, cuando las sombras de la noche invaden la ciudad, enciende en lo más alto las fulgurantes letras rojas de un enorme luminoso que dice: «Banca Luján». ¡Oh! Parece una llamarada. Pero es la antorcha, mi antorcha. Porque ese mágico rascacielos de cristal es mío...

EL DOCTOR.—(*Impresionadísimo*) ¡Oiga! ¡Un rascacielos! ¡De manera que es usted el dueño de un rascacielos!

ERNESTO.—Sí, señor. Exactamente, en el cincuenta y uno por ciento de su valor. La mitad más uno. ¿Se da usted cuenta? El resto se reparte entre una muchedumbre de pequeños accionistas que todos juntos no pueden nada ante mí voluntad. ¡Ah, doctor! Es tan importante ese «uno» que se añade a la mitad. Los hombres que tienen la mitad más uno son los que gobiernan el mundo. ¿No lo sabía? En fin, después de todo, eso es pura democracia, ¿verdad?

EL DOCTOR.—¡Je!

*(Un corto silencio. Ernesto sonrío otra vez)*

ERNESTO.—Mi despacho, el despacho del señor Presidente, está arriba, en el último piso del rascacielos, dominándolo todo, como un símbolo. Naturalmente, soy rico e influyente. Pesa mucho mi nombre, amigo mío. En política, ¿qué quiere usted? Soy liberal. Es lo inteligente, ¿no? Por lo menos eso dicen ciertos amigos míos, muy intelectuales, con quienes suelo coincidir en los cócteles. Desde luego, soy católico. Entre la gente de mi posición es lo corriente y, además, yo soy muy español. ¿Cómo no? En general disfruto de una vida fácil y brillante. Mis distracciones favoritas son el golf, la caza, el póker, un poco de whisky... y lo demás.

EL DOCTOR.—¿Qué es lo demás?

*(En este momento Ernesto, que ha escuchado algo, se vuelve vivamente hacia la entrada del chaflán)*

ERNESTO.—¡Cállese!

EL DOCTOR.—(*Estupefacto*) ¿Cómo? ¿Que me calle?

ERNESTO.—¡Chiss!

EL DOCTOR.—¡Oiga! ¿Qué pasa ahora?

*(Un silencio. Ernesto en voz baja, irritado)*

ERNESTO.—Ya están ahí. ¡Otra vez!

*(En este instante se abren las puertas del chaflán y surgen, arrolladoramente, con toda urgencia, Adelaida, Rosalía y Jorge)*

ADELAIDA.—¡Doctor!

ROSALÍA.—¡Doctor!

JORGE.—Escuche, doctor...

*(Los tres se quedan inmóviles al ver a Ernesto)*

LOS TRES.—¡Oh!

ADELAIDA.—*(Confundidísima)* ¡Ernesto! Estabas ahí...

*(Un gran silencio. Ernesto está envolviendo en una larga y fría mirada a Adelaida, a Rosalía y a Jorge)*

ERNESTO.—¡Adelaida!

ADELAIDA.—¡Ernesto!

*(Otro silencio. Y de pronto, Ernesto, con mucho coraje)*

ERNESTO.—¡Doctor! ¡Dícales que se vayan! ¡No quiero verlos!

EL DOCTOR.—*(Atónito)* ¿Cómo?

ERNESTO.—*(Muy enérgico)* ¡Échelos usted...!

EL DOCTOR.—¿Quién? ¿Yo?

ERNESTO.—¡Sí! Pero pronto. ¡Aprisa!

*(Ernesto se va por la terraza. Desaparece en el jardín. Adelaida, Rosalía y Jorge se revuelven sobresaltadísimo)*

LOS TRES.—¡Oh!

ADELAIDA.—*(Indignadísima)* ¡Grosero!

ROSALÍA.—¡Maleducado!

JORGE.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

ADELAIDA.—¡Grosero! ¡Más que grosero!

(Y los tres a un tiempo acuden al doctor y le rodean)

ROSALÍA.—¡Doctor!

JORGE.—¡Doctor!

ADELAIDA.—¡Doctor!

EL DOCTOR.—(*Estupefacto*) ¡Señora!

ADELAIDA.—(*Indignada*) ¡Oiga! No ponga esa cara de tonto...

EL DOCTOR.—(*Casi en un brinco*) ¡Señora!!

ADELAIDA.—(*Una viva transición*) Escuche, doctor. Después de mucho pensarlo, Rosalía, Jorge y yo hemos tomado una decisión. Creemos que lo más prudente es, pase lo que pase, hablar con usted sin ocultarle nada...

EL DOCTOR.—¿De veras?

ADELAIDA.—¡Doctor! Estamos preocupadísimos por Ernesto. Porque, ¿de verdad cree usted que mi marido está bien? Bueno. No me refiero al reuma, ni al hígado, ni a la tensión, ni al estómago, ni a todas esas cosas que realmente tienen muy poca importancia para la salud. Me refiero a...

(Se calla con cierto rubor. El doctor la observa con curiosidad)

EL DOCTOR.—¿A qué se refiere usted, señora?

ADELAIDA.—(*Un poquito confusa*) No sé. No encuentro las palabras adecuadas. Pero es que usted no sabe, doctor. Esta tarde, hace unos momentos, aquí mismo, entre nosotros, el pobre Ernesto se ha portado de un modo tan increíble, tan absurdo y tan disparatado... (*Adelaida se vuelve en silencio hacia Jorge y Rosalía. Los tres se miran un instante callados*) ¿Verdad?

JORGE.—(*Un suspiro. Muy apesadumbrado*) ¡Pobre Ernesto!

ROSALÍA.—(*Emocionada*) ¡Pobre!

EL DOCTOR.—¡Hola!

ADELAIDA.—¡Doctor! ¿No cree usted que lo prudente sería llamar a un psiquiatra?

EL DOCTOR.—¿Un psiquiatra?

ADELAIDA.—(*Con toda razón*) ¡Naturalmente! ¿Por qué no? En los Estados Unidos, por ejemplo, todo el mundo llama al psiquiatra. Y me figuro, doctor, que no será usted uno de esos que se pasan la vida hablando mal de los americanos, pobrecitos...

EL DOCTOR.—¡Oiga! Pero ¿es que usted cree que, efectivamente, su marido se ha vuelto loco?

ADELAIDA.—¿Que si lo creo...? (*Y se vuelve de nuevo dolorosamente a Jorge y a Rosalía*) ¡Jorge! ¡Rosalía! ¡Dice que si lo creo...!

ROSALÍA.—¡Pobre Adelaida!

JORGE.—¡Hum!

ADELAIDA.—(*Desolada*) ¡Dios mío! Pero ¿si no creo eso, qué es lo que puedo creer?

ROSALÍA.—¡Adelaida! ¡Cariño!

JORGE.—Sosiégate, Adelaida...

*(Adelaida, emocionadísima, va hacia El doctor y se sienta en un sillón, a su lado)*

ADELAIDA.—¡Doctor!

EL DOCTOR.—¡Señora!

ADELAIDA.—Mi marido está loco. Pero loco, loco de remate. Figúrese usted que esta noche, de pronto, nos ha dicho que quiere convertirse en otro hombre...

EL DOCTOR.—¿Cómo?

ADELAIDA.—¡Que quiere cambiar de vida! ¿Se da usted cuenta? ¡Dice que quiere cambiar de vida! ¡ÉL! ¡ÉL, que se levanta todas las mañanas a las diez! Se baña con unas sales maravillosas que le mandan de París y emplea media hora, media hora, ni un minuto más ni un minuto menos, en elegir su traje, su corbata, su camisa y sus zapatos de la mañana. A las once le espera su coche, su fantástico coche, el coche más deslumbrante que circula por Madrid, con su chófer de uniforme azul. Llega al despacho y empieza el baile de los millones: compras, ventas, acciones, papeluchos, la Bolsa, cables a Nueva York, conferencias con París y con Londres. Millones por aquí y millones por allá. Un juego de manos. Él hace y deshace como un prestidigitador. A veces, el infeliz se fatiga tanto con todo ese jaleo que no tiene más remedio que buscar una evasión. Y juega un ratito al golf. Después, claro, el almuerzo. ¡Oh! Él siempre almuerza fuera de casa. Pero ojo, amigo mío, solo hay un restaurante donde él come a gusto que es, ya se sabe, el restaurante más caro, más lujoso y más «snob» de Madrid...

EL DOCTOR.—(*Abrumado*) ¡Qué barbaridad!

ADELAIDA.—(*Dolorosamente*) ¿Se da usted cuenta, doctor? ¿Ha comprendido? Pues éste, éste es el hombre que quiere cambiar la vida...

*(En este momento, Jorge, que estaba mirando por la entrada de la terraza hacia el jardín, se alarma muchísimo)*

JORGE.—¡Cuidado!

ADELAIDA.—(*Gritando*) ¿Qué pasa?



JORGE.—¡Ernesto! ¡Que vuelve!

*(Jorge se va disparado por el chaflán. Rosalía le sigue muy asustada)*

ROSALÍA.—¡Ay, Dios mío!

*(Sale)*

ADELAIDA.—*(En pie, aterrada)* ¡Jesús! *(Marcha, vivamente, hacia el chaflán. Pero desde allí se vuelve)* ¡Doctor! ¡No se vaya!

EL DOCTOR.—*(Confundidísimo)* ¡Señora!

ADELAIDA.—¡Por favor! ¡No se vaya! Todavía tenemos mucho que hablar.

*(Entra. Desaparece. El doctor, perplejo, en el colmo del estupor, se lleva las manos a la cabeza)*

EL DOCTOR.—¡Huy! ¡Huy! ¡Huy! *(Y se pone en pie, muy resuelto)* Pero ¿qué hago yo aquí? ¿Dónde me he metido yo?

*(Muy aprisa, recupera su maletín y escapa hacia el fondo. Pero, cuando llega bajo la embocadura, aparece Ernesto por la terraza y le llama con toda energía)*

ERNESTO.—¡Alto! ¿A dónde va usted?

EL DOCTOR.—*(Tímidamente, casi avergonzado)* ¡Je! Verá usted. Es que se está haciendo tardísimo...

ERNESTO.—¡Ah, no! ¡Usted no se va!

EL DOCTOR.—¡Oh!

ERNESTO.—¡Quieto! ¡No se mueva! ¡Siéntese ahí!

EL DOCTOR.—Pero, señor Luján...

ERNESTO.—*(Furioso)* ¿Qué le han dicho? ¿Que me he vuelto loco? Es eso, ¿verdad? ¡Pero ahora tiene usted que oírme a mí!

EL DOCTOR.—¡Je! *(El doctor mira largamente a Ernesto)* Está bien. Hable usted. ¡Santo Dios! ¡Qué noche! Cuando se lo cuente a mi mujer...

*(Y con un suspiro marcha, despacito, hacia su sillón)*

ERNESTO.—Escuche, doctor. Va usted a saberlo todo. No le ocultaré nada. Ni una palabra, ni un pensamiento. ¡Nada! Voy a hacer ante usted un relato tan fiel, tan detallado y tan exacto de lo que ha pasado aquí esta tarde que, si usted pone un poco de imaginación por su parte, todo será como una verdadera representación teatral dedicada a un solo espectador: usted.

EL DOCTOR.—¿De veras? ¡Qué curioso!

*(Ernesto da unos pasos y se abandona en el sofá. Mira en torno despacio. Un silencio. Con otro tono)*

ERNESTO.—Todo empezó aquí, entre estas paredes, hace un par de horas. Recuerdo que ya era de noche. Yo había llegado a casa un poco antes de lo acostumbrado. Y de pronto apareció mi mujer...

*(Un leve silencio. Y en el fondo, sin ruido, como de puntillas, surge Adelaida, sonriente. Viene de la calle, con su ligero abrigo, su bolso, sus guantes. Naturalmente, a partir de este instante, ni Adelaida ni ninguno de los personajes evocados por Ernesto «ve» al doctor, que solo existe físicamente para el propio Ernesto)*

ADELAIDA.—*(Muy sonriente)* Hola, cariño.

*(Ernesto se vuelve y sonrío)*

ERNESTO.—Hola.

*(Ella va hacia él y le besa superficialmente en una mejilla)*

ADELAIDA.—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

ERNESTO.—Maravillosamente...

ADELAIDA.—¿No te duele nada? ¿Ni el hígado, ni el reuma, ni nada?

ERNESTO.—Nada.

ADELAIDA.—¡Vaya! Estupendo. Yo vengo molida, casi sin respiración, resoplando como un caballo, hecha un asco. Desde hace tres horas estoy recorriendo Madrid a pie. El condenado cochecito se me paró a las cinco de la tarde en la subida de Alcalá, entre Cibeles y la Plaza de la Independencia, y allí se quedó...

ERNESTO.—¿Otra vez? ¡Demonio! Pero ¿qué le pasa a ese coche?

ADELAIDA.—(*Indignada*) Pues, ¿qué quieres que le pase? ¡Lo de siempre! ¡Que de pronto, no sé por qué, cada cuatro o cinco días se le acaba la gasolina! Es rarísimo, ¿verdad?

*(Y se va, decididamente, por el chaflán. El doctor se ríe muy divertido)*

EL DOCTOR.—¡Huy! ¡Qué señora! Pero qué señora...

ERNESTO.—(*Una sonrisa*) ¡Je! ¡Adelaida! Ella siempre es así: ligera, frívola, superficial y terriblemente «snob». No piensa más que en sus coches, en sus almuerzos con invitados importantes, en sus fiestas, en sus conciertos del Real y en sus asociaciones de caridad. De vez en cuando, en los ratos libres, compra antigüedades y cuadros abstractos. Curioso, ¿no? Pero, a veces, eso sí, tiene preocupaciones más hondas. De pronto resulta, figúrese usted, doctor, que no han prendido las magnolias en el jardín de nuestra finca de Mallorca...

EL DOCTOR.—¡Je!

*(Vuelve Adelaida por donde se fue. Ya se ha despojado de su abrigo y de sus guantes. Muy confidencial)*

ADELAIDA.—Oye. ¿No te lo he dicho? Esta mañana, en la peluquería, me encontré con Asunción Mendoza. Está fatal, la pobre. ¡Uf! Gorda, gorda. Y cada día más tonta. ¡Qué idiota! No sabe hablar más que de su finca de la Costa Brava, de su piso de Puerta de Hierro y de su casa de Marbella. En estos tiempos hazte cargo, cuando todo el mundo tiene una casa en Marbella, un piso una Puerta de Hierro y una finca en la Costa Brava. Además, se ha comprado otro visón y ya van tres. ¡Qué ordinaria! ¿Verdad? Oye. Dicen que su marido tiene un lío. ¿Es cierto?

ERNESTO.—¿Quién? ¿Agustín? Es posible. ¿Por qué no?

ADELAIDA.—(*Muy segura*) Bueno. En realidad no sé por qué te hago esa pregunta. ¡Todos los maridos tienen un lío!

*(Y se va por la puerta de la derecha. Ernesto y El doctor se miran)*

ERNESTO.—¡Je!

*(En este momento, El doctor, muy preocupado, se levanta y va hacia Ernesto)*

EL DOCTOR.—Oiga, oiga. Una pregunta antes de seguir adelante: ¿Es verdad? ¿Es verdad que ese señor amigo suyo, don Agustín, tiene un lío?

ERNESTO.—(*Confidencial*) Pues sí...

EL DOCTOR.—¡Hola!

ERNESTO.—(*Ponderativo*) Una muchacha preciosa. Alta, rubia, deslumbrante. Se llama Mónica y es la modelo de un modista francés...

EL DOCTOR.—(*Muy indignado*) ¡Qué sinvergüenza!

ERNESTO.—(*Sin comprender*) ¿Quién? ¿El francés?

EL DOCTOR.—¡No, señor!

ERNESTO.—Pues la chica es muy decente...

EL DOCTOR.—¡Me refiero a su amigo! ¡Don Agustín! ¡Ese...!

ERNESTO.—Hombre, hombre...

EL DOCTOR.—(*Dignísimo, irrefutable*) ¡Señor mío! ¡Un sinvergüenza! No rectifico. Yo a Dios gracias, estoy chapado a la antigua y en cuestiones de moral soy intransigente. Por eso del adulterio no paso. ¡Ah, no! ¡No y no! No se puede jugar con el matrimonio que es algo sagrado, amigo mío, muy sagrado...

*(Y en este instante, por el fondo, surge Rosalía, y desde el umbral llama apasionadamente)*

ROSALÍA.—¡Ernesto! ¡Amor mío!

ERNESTO.—¡Rosalía!

*(El doctor, estupefacto, pega un brinco)*

EL DOCTOR.—¡Sopla!

ROSALÍA.—¡Oh, Ernesto, Ernesto! ¡Mi vida!

*(Rosalía avanza hacia Ernesto impetuosamente. Le rodea el cuello con los brazos y le besa enamoradísima. El doctor, con toda indignación)*

EL DOCTOR.—¡Alto! ¿Qué hace esta fresca?

*(Ernesto se desprende con suavidad de los brazos de Rosalía y se vuelve hacia El doctor. Ella, entre tanto, presurosa, mira por una y otra puerta)*

ERNESTO.—¡Doctor! Es que Rosalía es mi amante...

EL DOCTOR.—(*Indignadísimo*) ¡Hola! ¡Conque esas tenemos! ¡Conque usted también tiene una amante!

ERNESTO.—¡Claro! Como todo el mundo...

EL DOCTOR.—(*Aterrado*) ¡Y precisamente ésta...!

ERNESTO.—¡Oiga! ¿Por qué no? ¿Es que no le gusta Rosalía?

EL DOCTOR.—¡Pero si es visita de la casa...!

ERNESTO.—¡Amigo mío! La vida de sociedad...

EL DOCTOR.—(*Chillando*) ¿Qué ha dicho?

ERNESTO.—¡Hum! Doctor, doctor...

EL DOCTOR.—(*Cada vez más excitado*) ¡Oiga! Pero usted es un depravado. ¡Usted vive en pleno desenfreno! ¡Usted no tiene moral!

ERNESTO.—(*Molestísimo*) ¡Doctor! Si se va usted a enfadar por cualquier cosa, me callo...

*(El doctor excitadísimo, empieza a pasear de aquí para allá)*

EL DOCTOR.—¡¡Mujeriego!! ¡Que es usted un mujeriego!

ERNESTO.—¡Doctor!

*(En este instante, Rosalía, que ha terminado sus pesquisas, se planta ante Ernesto con mucho aire)*

ROSALÍA.—¡Expílicate! ¡Dime qué es lo que ha pasado! ¿Por qué no has acudido esta tarde? Era jueves y te he estado esperando desde las cinco, como todos los jueves. ¡Vamos! ¿Y para esto hemos alquilado un apartamento con aire acondicionado? Un día le voy a pegar fuego al dichoso apartamento y ya verás tú qué tremolina...

ERNESTO.—¡Rosalía! Seamos prudentes...

ROSALÍA.—(*Casi en jarras*<sup>5</sup>) ¡No me da la gana! ¡Ea!

*(El doctor, en pie, sin poderse contener, hecho una furia, como si Rosalía pudiera oírle)*

EL DOCTOR.—¡¡Descarada!!

ROSALÍA.—¡Hala! Para que te enteres...

EL DOCTOR.—(*Con el mismo ímpetu*) ¡Ordinaria!

---

5 *En jarras*: con los brazos arqueados y las manos aferradas a la cintura, actitud de enfado o desafío.

ROSALÍA.—¡Vamos, hombre!

EL DOCTOR.—(*Muy terne*) ¡Mala mujer!

ERNESTO.—(*Furioso*) ¡Doctor! ¡Se lo suplico! No haga usted más comentarios que me está poniendo nervioso.

EL DOCTOR.—¡Cállese! ¡Sátrapa!<sup>6</sup> ¡Que es usted un sátrapa!

ERNESTO.—¡Hum!

*(Y se oye dentro, muy cerca, la voz de Adelaida)*

ADELAIDA.—(*Dentro*) ¡No! Eso, no. ¡Jesús! ¡Hijita! Pero qué cosas se le ocurren a usted...

ROSALÍA.—(*Un respingo. Muy enfadada*) ¡Vaya! Y ahora tu mujer. ¡Caramba! ¡Pero qué poco discreta es la pobre! Está en todas partes...

*(Y muy aprisa, Rosalía desaparece por el fondo. En el acto, por la primera derecha aparece Adelaida, que se dirige al chaflán. Va, evidentemente, muy enojada)*

ADELAIDA.—¡Jesús! ¡Qué lata! Esta doncella es una intelectual. Se ha pasado la tarde leyendo a Ortega...

*(Sale. El doctor y Ernesto han quedado frente a frente. Hay un cortísimo silencio. Y El doctor se alza tremendamente acusador)*

EL DOCTOR.—Vaya, hombre, vaya. Conque tiene usted un apartamento, ¿eh? ¡Un pisito de soltero!

ERNESTO.—(*Modestamente*) ¡Doctor! Para los jueves nada más... De cinco a ocho.

EL DOCTOR.—¿Todos los jueves?

ERNESTO.—Todos...

EL DOCTOR.—¡Qué abuso!

ERNESTO.—Hombre...

EL DOCTOR.—¡Oiga! Pero usted se está matando...

ERNESTO.—¡Doctor! Me parece que si no renuncia usted a sus principios morales no nos vamos a entender...

---

6 *Sátrapa*: aunque históricamente se designaba con este nombre a los gobernadores de las provincias en el antiguo imperio persa, en sentido figurado se aplica a la persona ladina y astuta en sus relaciones con los demás. También se dice de los que viven con grandes dispendios y comodidades («lleva vida de sátrapa»)

*(Y muy resuelto, resueltísimo, El doctor toma su sombrero, su bastón y su maletín)*

EL DOCTOR.—¡Basta! Ni una palabra más, señor mío, ni una palabra más. ¡Hemos terminado!

ERNESTO.—¿A dónde va usted?

EL DOCTOR.—¡A la calle!

ERNESTO.—¡No! Estese quieto...

EL DOCTOR.—¡Hala! Conmigo no cuente para esta clase de confidencias. Yo soy una persona decente, caballero. ¡Vamos! Conque este era su problema...

ERNESTO.—¡Doctor! Es que todavía hay más...

EL DOCTOR.—*(Paralizado por el estupor)* ¿Cómo? ¿Todavía más?

ERNESTO.—¡Claro! Esto no es más que el principio...

*(El doctor, en el colmo del asombro, se queda mirando a Ernesto como quien ve un fantasma)*

EL DOCTOR.—¡Oiga! Pero ¡Usted es un libertino! ¡Usted es un bribón!

ERNESTO.—*(Muy picado)* ¡Doctor! Pero ¿es que usted no ha tenido nunca una amante?

EL DOCTOR.—*(Más indignado, si cabe)* ¿Quién? ¿Yo? Pero ¿por quién me toma? Nunca, señor mío, nunca. *(Y de pronto se calla. En una brusca transición, muy humilde, en voz muy baja)* Bueno. Una vez...

ERNESTO.—¡Oh!

EL DOCTOR.—*(Con rubor)* Una vez estuve a punto, hace muchísimos años. ¡Qué sé yo cuántos! Era una enfermera que trabajaba a mis órdenes en el Sanatorio. Era bonita, bonita y coqueta y graciosa de verdad, la condenada. Andaluza, ¿sabe? ¡Huy! Tenía una cháchara. Me volvió loco, palabra. Yo resistí todo lo que pude, se lo aseguro. Pero como ella era tan lagarta y tan mimosa y me enredaba y me confundía y, en fin, ¿para qué le voy a contar? Un día quedamos citados en cierto lugar de las afueras, al atardecer. Y yo...

ERNESTO.—¿Qué?

EL DOCTOR.—Yo fui y, antes de acudir a la cita, ni corto ni perezoso, se lo conté todo a mi mujer.

ERNESTO.—*(Estupefacto)* ¡No me diga!

EL DOCTOR.—*(Muy digno)* ¡Ah, sí, sí! Pues no faltaría más...

ERNESTO.—¡Qué barbaridad! ¿Y qué pasó?

EL DOCTOR.—¡Hombre! Pues, ¿qué quiere usted que pasara? ¡Que mi mujer se puso hecha un basilisco! ¡Digo! Como que todavía no me ha perdonado... *(Se calla)*

y sonrío con ternura, timidez y rubor) ¡Je! Y ya ve usted, mi única culpa fue que tuve un mal pensamiento...

(Por el fondo surge de nuevo Rosalía, embaldísima, que se dirige a Ernesto arrolladoramente)

ROSALÍA.—¡Sinvergüenza!!

EL DOCTOR.—(Indignado) ¡Cuerno!! ¿Otra vez?

ROSALÍA.—Dime la verdad. ¿Es que hay otra? ¿Es eso...?

ERNESTO.—¡No! No es eso...

ROSALÍA.—Entonces, ¿por qué me has dado plantón esta tarde? ¡Que yo me entere!

ERNESTO.—¡Rosalía! Porque tenemos que andar con cuidado...

ROSALÍA.—(Atónita) ¡No me digas!

ERNESTO.—(Con indignación) ¡Rosalía! Pero ¿es que no te das cuenta de lo que pasa? Lo nuestro, nuestra aventura, nuestro amor, llamémosle así, es ya cosa del dominio público. ¡Lo sabe todo Madrid...!

ROSALÍA.—¡Ah! ¿Sí?

ERNESTO.—(Irritadísimo) ¡Sí! Y por tu culpa, precisamente...

ROSALÍA.—Oye, tú. ¡Tirano! ¡A mí no me des voces!

ERNESTO.—¡Rosalía! Desde hace algún tiempo parece que has perdido la cabeza. Ya ni siquiera disimulas. Tu conducta en público, cuando estamos rodeados de gente y todos nos miran y nos espían, es de una imprudencia aterradora. Tus indiscreciones son constantes. Tus llamadas a mi despacho a cualquier hora, sin prudencia y sin recato...

ROSALÍA.—¡Ay, hijo! ¿Es que no me conoces? Yo soy muy espontánea.

ERNESTO.—(Furioso) ¡Rosalía! ¡Insensata! Estoy seguro de que mi secretaria controla esas llamadas y luego se lo cuenta a todo el mundo...

ROSALÍA.—(Sorprendidísima) ¡No!

ERNESTO.—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

ROSALÍA.—¡Vamos! ¡Pero qué intrigante es esa niña! ¡Un día le arranco el pelo!

ERNESTO.—¡Hum! Rosalía, Rosalía...

ROSALÍA.—¡Habrase visto! Pero ¿es que la vida privada de una señora no merece un respeto?

(El doctor, atónito, hundido en un sillón, rezonga rencorosísimo)

EL DOCTOR.—¡Hum! ¡Qué fresca! Pero qué fresca es...



*(En este justo instante surge Adelaida por el chaflán. Y las dos mujeres, al verse, van la una hacia la otra rebosantes de alegría)*

ADELAIDA.—¡Rosalía!

ROSALÍA.—¡Adelaida!

ADELAIDA.—¡Preciosa! Tú aquí...

ROSALÍA.—¡Guapa! ¡Cariño!

ADELAIDA.—¡Hijita!

ROSALÍA.—Estaba segura de que te encontraría en casa...

ADELAIDA.—¿Sí?

ROSALÍA.—¡Me lo decía el corazón!

ADELAIDA.—¡Chiquilla! ¡Qué alegría me has dado!

*(En ese momento, Adelaida y Rosalía se están besando entrañablemente, con muchísimo afecto)*

EL DOCTOR.—*(Estupefacto)* ¡Oiga! Pero ¿tanto se quieren?

ERNESTO.—Hombre...

EL DOCTOR.—*(Consternado)* ¡Santo Dios! Pero ¿adónde hemos llegado? ¿Qué ha pasado en este país? ¡Ah! Las derechas, las derechas...

*(Ernesto sonrío y, de pronto, llama)*

ERNESTO.—¡Je! ¡Adelaida!

ADELAIDA.—¿Qué, amor mío?

*(Y va hacia él muy solícita. Ernesto la toma de un brazo y, en un aparte al oído, muy confidencial)*

ERNESTO.—Por curiosidad: ¿qué piensas tú de Rosalía?

ADELAIDA.—¿Quién? ¿Yo?

ERNESTO.—Sí. ¡Tú!

ADELAIDA.—*(Extrañadísima)* Oye. ¿Esto es un chiste?

ERNESTO.—¡No!

ADELAIDA.—¿Algo de psicoanálisis o así?

ERNESTO.—¡Tampoco! Es, simplemente, una curiosidad...

ADELAIDA.—¡Ah! *(Se calla, pensativa. Y luego, muy natural)* Bueno. Entonces, ¿qué quieres que te diga, hijito? A mí Rosalía me parece, sencillamente, una golfa...

EL DOCTOR.—(*Un brinco*) ¡Hala!

ERNESTO.—¡Je!

(*Adelaida ya se ha plantado de nuevo ante Rosalía, sonriente, cariñosísima*)

ADELAIDA.—¡Rosalía! ¡Tesoro! Pero qué guapa estás...

ROSALÍA.—¿Tú crees?

ADELAIDA.—¡Digo! ¡Fascinante! ¡Irresistible! ¡Arrebatadora!

ROSALÍA.—(*Muy contenta*) ¡Ay! ¡Que ilusión! ¿Tanto te gusto?

ADELAIDA.—Una barbaridad.

ROSALÍA.—¡Oh!

ADELAIDA.—Oye. ¿Este vestido es nuevo?

ROSALÍA.—(*Muy feliz*) Sí, sí. Lo estreno esta tarde. ¿Qué te parece?

(*Rosalía muy en «posse», pasea luciendo con muchísimo garbo su modelo. Adelaida la observa con notorio espíritu crítico*)

ADELAIDA.—¡Ah! Una maravilla...

EL DOCTOR.—(*Para sí, incontinentemente*) ¡Hum! Fresca, fresca...

ROSALÍA.—Entonces, ¿tú crees que me va?

ADELAIDA.—¡Huy! Muchísimo.

ROSALÍA.—¡Oh!

ADELAIDA.—¡Digo! ¡Que si te va! ¡Fantásticamente bien! Pero, si me lo permites, te diré que te hace, ¿cómo diría yo?, un poquito pendón...

(*El doctor se agita en el fondo de su sillón, como si le clavaran un puñal*)

EL DOCTOR.—¡Ahí va eso!

ERNESTO.—(*Comprensivo*) ¡Je! Esta Adelaida...

ROSALÍA.—(*Impresionadísima*) ¡Mujer! ¿Cómo se te ocurre?

ADELAIDA.—(*Muy divertida*) ¡Que sí! ¡Que sí!

ROSALÍA.—¡Ay, Adelaida! ¡Me vas a poner colorada!

ADELAIDA.—(*Muy segura*) ¡Ca! No creo, no creo...

(*Entran las dos en la terraza. Desaparecen. Nuevamente quedan solos Ernesto y El doctor. Este, que se está limpiando el sudor, aterrado*)

EL DOCTOR.—(*Para sí mismo, con horror*) ¡Pendón! La ha llamado pendón...

ERNESTO.—¡Je!

EL DOCTOR.—¡Ave María Purísima!

ERNESTO.—(*Muy natural*) ¡Doctor! Es que ahora las señoras bien educadas hablan así...

EL DOCTOR.—¡Ah! ¿Sí?

ERNESTO.—¡Sí!

EL DOCTOR.—¡Qué descaradas!

ERNESTO.—¡Oh!

EL DOCTOR.—(*De pronto, con mucho susto*) ¡Oiga! ¿Y hace mucho que empezó este adulterio?

(*Ernesto baja la cabeza y sonrío. Habla muy despacio*)

ERNESTO.—Unos años, ya he olvidado cuántos. Aquella mañana estaba yo solo en mi despacho del rascacielos. Era una mañana de invierno, lluviosa, fría y triste. De pronto se abrió la puerta y surgió ante mí una muchacha frágil, bonita, tímida y asustada, muy asustada. Llevaba un impermeable viejo y barato, empapado por la lluvia, unos zapatitos de tacón bajo y un pañuelito a la cabeza. Una pobre chica, ¿comprende? Era Rosalía. Empezó a hablar con un inmenso sofoco —figúrese, la infeliz se hallaba en presencia del señor presidente de la Banca Luján, nada menos—, sin encontrar las palabras, avergonzada, muerta de miedo. ¡Pobre Rosalía! Estaba casada con un modesto abogado, empleado del Banco, que desempeñaba, en un despachito del sótano del rascacielos, un trabajo vulgar y rutinario. Poco sueldo, ¿sabe? Muy poco. Eran muy pobres. Y ella venía a pedirme, casi de rodillas y en secreto, sin que él lo supiera, un poco de protección para su marido. Una oportunidad que le sacara de tanta mediocridad y tanta pobreza...

(*Se calla. El doctor, muy bajo:*)

EL DOCTOR.—¿Y usted?

ERNESTO.—(*Después de un silencio, sin mirarle*) ¡Qué pregunta! El marido tuvo su oportunidad...

EL DOCTOR.—(*Acusador, severísimo*) ¡Granuja!

ERNESTO.—¡Oh!

EL DOCTOR.—¡Granuja! ¡Granuja!

*(De la terraza surgen, hablando animadísimas, Adelaida y Rosalía, que cruzan hacia el chaflán)*

ADELAIDA.—Entonces, ¿está decidido? ¿Os vais a comprar otro coche?

ROSALÍA.—¡Ay! Me temo que sí. Está visto que mi marido no está contento si no estrena un coche cada seis meses...

ADELAIDA.—*(Muy sensata)* ¡Ah! Tu marido es una alhaja, nena. Vale mucho. Tiene muchísimo talento ese muchacho. Yo creo que si él ha prosperado tanto en el Banco y en los negocios y ha hecho una carrera tan rápida, no es porque Ernesto le ayude y le proteja y le mime y... en fin, todo eso, sino porque él es nada menos que el brazo derecho de mi marido...

ROSALÍA.—*(Orgullosísima)* ¡Mujer! ¿Qué va a decir una?

*(Salen las dos por el chaflán. Nuevamente quedan solos Ernesto y El doctor)*

ERNESTO.—¡Je! A veces, doctor, yo mismo me pregunto: ¿por qué ha cambiado tanto Rosalía? ¿Qué ha sido de aquella muchacha del impermeable mojado por la lluvia que se entregó a mí por amor a su marido? ¿Qué ha sido de aquella pobre chica que cuando entró conmigo, por primera vez, en aquel chalet de la carretera, que tenía un jardín lleno de rosas, lloraba? *(Se vuelve al doctor, con otro tono, muy en secreto)* Yo había mandado al marido a Holanda, para que no estorbara, ¿sabe?

EL DOCTOR.—*(Dignísimo)* ¡Oiga! ¡A mí no me venga con detalles!

*(Ernesto sonríe y vuelve a su tono anterior)*

ERNESTO.—¡Je! Pero la verdad es que ella no tiene la culpa. Son los demás los que la han hecho cambiar. El mundo, la gente, todos. Un día cualquiera, en seguida, aquella pobre chica descubrió que ser mi amante era algo muy importante. ¿Por qué? ¡Ah, doctor! Usted no sabe cómo cambió la situación de Rosalía en la vida cuando en Madrid se supo que ella era la amante del poderoso, del influyente, del multimillonario Ernesto Luján. ¡El hombre del rascacielos! ¡El hombre que todo lo puede! ¡Oh, no! Usted no sabe, no puede saber. De pronto, de la noche a la mañana, Rosalía se encontró rodeada de mimos y de halagos. Resultó que todo el mundo la quería y la respetaba más que nunca. ¡Una consideración! ¡Un afecto! ¡Una solicitud! ¡Una de atenciones! Particularmente en la buena sociedad es que están locos por ella...

EL DOCTOR.—*(Asustadísimo)* ¿Es posible?

ERNESTO.—¡Oiga! Este verano, en Torremolinos, se la rifaban. ¡Palabra!

EL DOCTOR.—¡Qué barbaridad!

ERNESTO.—¡Y qué quiere usted, doctor! Después de todo, Rosalía no es más que una mujer, una débil mujer. Y todo eso la atrae y le gusta, y hasta le embriaga un poquito, como cuando se bebe un «martini»<sup>7</sup> doble, fuerte, muy fuerte...

*(El doctor se levanta, apesadumbrado)*

EL DOCTOR.—¡Calle!

ERNESTO.—¡Je!

EL DOCTOR.—¡Señor! ¡Señor! ¡Cómo está el mundo! ¡Ah! Si levantara la cabeza mi pobre padre, aquel santo varón, que en gloria esté, que fue concejal en Pontevedra...

ERNESTO.—*(Un suspiro)* ¡Oh, Pontevedra! ¡La vieja Galicia!

*(El doctor, que iba de aquí para allá, con las manos cruzadas a la espalda, muy desasosegado, se detiene ante Ernesto, alarmadísimo, con los ojos muy abiertos)*

EL DOCTOR.—¡Oiga! Pero ahora que caigo: ¿y su mujer? ¿Qué dice su mujer a todo esto?

ERNESTO.—¿Mi mujer?

EL DOCTOR.—Sí, señor. ¡Su mujer! ¡Que yo me entere!

ERNESTO.—*(Una sutil sonrisa)* ¡Oh, mi mujer! ¡Me había olvidado de mi mujer! Precisamente esta tarde he tenido con ella una conversación muy interesante. ¡Escuche! *(Se vuelve, en silencio. Se queda mirando la puerta de la derecha y llama suavemente)* ¡Adelaida!

*(Y por allí surge Adelaida, sonriente)*

ADELAIDA.—¿Me llamas, cariño?

ERNESTO.—Adelaida, ¿tú crees que yo soy un canalla?

ADELAIDA.—*(Sorprendidísima)* ¿Quién? ¿Tú? ¿Tú un canalla? ¡No! ¡Jesús! ¡Qué idea! ¡Pobrecito mío! Pero si te pasas la vida haciendo obras de caridad...

ERNESTO.—¡Oh!

<sup>7</sup> Cóctel de ginebra o vodka y vermut, en la proporción de 8 a 2, y con una aceituna en el interior de la copa. Fue creado hacia 1910 por el barman neoyorkino del mismo nombre, o bien recibió su denominación de una marca de vermut.

ADELAIDA.—¡Digo! ¡Que se lo pregunten al obispo!

ERNESTO.—¡¡Adelaida!!

*(Adelaida que ya se iba, se detiene, muy extrañada)*

ADELAIDA.—¡Ay! ¿Qué? ¿Qué te pasa?

ERNESTO.—Adelaida...

*(Adelaida le mira, entre atenta y divertida)*

ADELAIDA.—Oye, oye. ¿Sabes que con ese aire de hombre que está viviendo un drama te pones muy gracioso?

ERNESTO.—*(Irritado)* ¡Adelaida! Dime, por favor...

ADELAIDA.—¿Qué?

ERNESTO.—¿Qué piensas tú de mí?

ADELAIDA.—¿De ti? ¿Qué pienso de ti?

ERNESTO.—*(Enérgico)* ¡Sí! ¡De mí! De tu marido. ¡Porque soy tu marido!

ADELAIDA.—*(Divertidísima)* ¡Jesús! ¡Hijito! Pero ¿qué te ha dado hoy? Estás lleno de complejos...

ERNESTO.—¡Contesta, Adelaida! ¡Contesta!

*(Adelaida contempla a Ernesto con muchísimo afecto, maternalmente)*

ADELAIDA.—¡Tonto! ¿Qué voy a pensar yo de ti? Después de todo, eres un hombre como cualquier otro hombre...

ERNESTO.—*(Impaciente)* ¡Oh!

ADELAIDA.—Inteligente. ¡Vanidoso! Muy vanidoso, eso sí...

ERNESTO.—¡Sigue!

ADELAIDA.—¡Egoísta!

ERNESTO.—*(Con cierto sobresalto)* ¿Tú crees?

ADELAIDA.—¡Oh, sí, sí! Terriblemente egoísta, amor mío. No conozco a nadie tan egoísta como tú. ¡Ah, bueno! Y me olvidaba de lo más importante. Te gustan las mujeres. Te gustan mucho, muchísimo, locamente... *(En una transición, se vuelve a Ernesto con otro tono y muchísima sensatez)* Por cierto, cariño. Me han dicho que este verano, en Torremolinos, Rosalía se ha portado como una loca...

ERNESTO.—¡Hum!

ADELAIDA.—¿Lo sabías? Pues a mí eso, la verdad, no me parece decente...

ERNESTO.—(*Gritando*) ¡¡Adelaida!!

ADELAIDA.—(*Suavemente*) ¿Qué?

ERNESTO.—No, nada. (*Un silencio. Ernesto se dirige al doctor, espantosamente confundido*) ¡Oiga! ¿Usted ha oído?

EL DOCTOR.—(*Nerviosísimo*) ¡Siga! ¡No se detenga! ¡Adelante!

ERNESTO.—¡Voy! (*Otra vez ante Adelaida*) ¡Je! Entonces, ¿tú crees, Adelaida? ¿Tú crees que es cierto lo que dice la gente por ahí? ¿Tú crees que Rosalía tiene un amante?

ADELAIDA.—¡Jesús! ¡Qué pregunta! Pues claro que sí, amor mío. ¿Quién duda eso a estas alturas?

ERNESTO.—Oye. ¿Y tú lo has sabido siempre?

ADELAIDA.—(*Segurísima*) ¡Siempre! Desde el primer día...

ERNESTO.—Ya. (*Y se vuelve al doctor, angustiadísimo*) ¿Ha oído usted?

EL DOCTOR.—¡Siga!

ERNESTO.—(*De nuevo a Adelaida, con ansiedad*) ¡Adelaida! ¿Tú le conoces...?

ADELAIDA.—(*Amablemente*) ¿A quién? ¿Al otro...?

ERNESTO.—¡Sí! Al otro...

ADELAIDA.—¡Pues claro que sí, cariño! Le conoce todo Madrid. Es un señor muy, muy simpático...

ERNESTO.—¡Ah! ¿Sí?

*(Ella, muy cariñosa y muy estimulante, le da un cachetito en la mejilla)*

ADELAIDA.—¡Hala! ¡Hala! ¡Tonto! No empieces ahora a presumir...

*(Y da unos pasos hacia el fondo. Ernesto se vuelve hacia El doctor, desolado)*

ERNESTO.—¡¡Doctor!!

EL DOCTOR.—¡¡Calle!! ¡No me diga nada! ¡Santo Dios! ¡Ah! ¡El gran mundo! ¡La «dolce vita»!

*(Ernesto, bruscamente, en un arranque de coraje, grita:)*

ERNESTO.—¡¡Adelaida!!

*(Ella se vuelve muy risueña)*

ADELAIDA.—¡Preguntón! ¡Qué más quieres saber?

ERNESTO.—¡Adelaida! ¿Y de todo eso a ti no te importa nada?

ADELAIDA.—(*Extrañadísima*) ¿A mí? ¡No! ¿Por qué?

(*Un silencio. Ernesto y El doctor se han quedado inmóviles*)

ERNESTO.—(*Sin voz*) Adelaida...

EL DOCTOR.—¡Señora!

(*Ella piensa un poco. Luego alza la frente y mira a Ernesto con una sonrisa que es como un sutil desafío*)

ADELAIDA.—¡Nada! Ya no me importa nada...

ERNESTO.—¡Adelaida!

(*Se miran ella y él. Un largo silencio. Adelaida habla ahora con su permanente desenvoltura. Pero con una sonriente y escondida melancolía, además*)

ADELAIDA.—Antes sí. ¿Te acuerdas? Hace mucho tiempo. Entonces, en los primeros años de nuestro matrimonio, cada una de tus infidelidades era como un puñal que alguien clavaba en el pecho de aquella pobre chica tan romántica y tan enamorada. Yo lloraba mucho, muchísimo. ¡Dios mío! ¡Cuánto he llorado! ¡Pobre de mí! Como lloran las mujeres engañadas en los folletines y en las malas comedias y en las películas estúpidas. Como lloran en la soledad los seres abandonados sin razón. ¡Desesperadamente! Algo de muy mal gusto. Ahora lo reconozco... (*Una nueva sonrisa, casi una sonrisa divertida*) Una vez incluso estuve a punto de abandonarte para siempre. No lo has olvidado, ¿verdad? Fue cuando te escapaste a París con aquella putita que cantaba en una «boite»<sup>8</sup> con una orquesta de negros. Pero no tuve valor. ¿Qué hubiera dicho la gente? ¡Figúrate! Nunca se sabe. En aquellos tiempos en España el adulterio estaba muy mal visto, y tus negocios se hubieran resentido, estoy segurísima. Y, la verdad, hubiera tenido muy poca gracia que por los celos de una pobre tonta se hubiera venido abajo la Banca Luján, que entonces iniciaba su vida gloriosa. Después, ¿para qué te voy a contar, cariño? Han ido pasando los años. Tú salías de una aventura y entrabas en otra. Y yo

---

8 Boite: sala de fiestas o discoteca.



un día descubrí dentro de mí misma algo realmente sorprendente: ¡que ya no me importaban tanto tus engaños! Por último, otro día, precisamente el mismo día en que me presentaste a Rosalía, figúrate qué casualidad, descubrí que ya no me importaban nada... (*Ernesto está muy pálido*) ¡Qué graciosa es Rosalía! ¿Verdad? Tan divertida y tan desvergonzada...

ERNESTO.—¡Adelaida! Entonces, ¿es que ya no me quieres?

ADELAIDA.—(*Ríe*) ¡No! ¿Quién ha dicho eso? Te sigo queriendo mucho, amor mío. Pero de otra manera, claro está...

ERNESTO.—¡Adelaida! ¿Eres muy desgraciada?

ADELAIDA.—(*Extrañadísima y casi ofendida*) ¿Cómo? ¿Que si soy desgraciada? ¿Yo? ¡Ah, no! Ni mucho menos, cariño. ¡Que se te quite esa idea de la cabeza! ¡Vamos! Pero si yo lo paso estupendamente...

ERNESTO.—¿Estás segura?

ADELAIDA.—(*Con todo entusiasmo*) ¡Pues claro que sí! ¡Dios mío! Vivo una vida tan brillante y tan maravillosa. Mira, soy nada menos que la mujer de Ernesto Luján. ¿Para qué voy a decirte a ti quién es Ernesto Luján? Un hombre importante, rico, influyente, poderoso. Naturalmente, eso quiere decir que yo, la excelentísima señora de Luján, también soy rica, influyente y poderosa. Todo el mundo me adora. Aparezco retratada en los periódicos con el menor pretexto, y no pasa un día sin que mi nombre figure en los ecos de sociedad. Todos celebran mis fiestas y mis almuerzos. Hay personas que darían un año de vida por recibir una invitación mía. Tengo vestidos caros y bonitos. Joyas escandalosas, pieles... De vez en cuando aparece por ahí un fresco que, para caerte a ti en gracia, me hace un poquito la corte. ¿No lo sabías? ¡Ernesto! ¡Amor mío! ¿Qué más puedo desear yo? ¿No crees tú que todo eso es más que suficiente para que cualquier mujer se sienta la mujer más dichosa del mundo? ¡Ah! Te aseguro que yo a estas alturas de mi vida no me cambiaría por ninguna...

ERNESTO.—Pero, Adelaida...

*(Ella se echa a reír de muy buena gana)*

ADELAIDA.—¡Calla! Tonto, tonto, más que tonto. ¡Dios mío! ¡Pero qué tonto eres!

*(Y se va riendo por el chaflán. Ernesto, cuando ella ha desaparecido, va hacia El doctor, indignado, con desesperación)*

ERNESTO.—¡Doctor! ¿Ha oído usted? ¡No le importa! ¡A mi mujer no le importa que yo la engañe! ¡Ea! Y lo dice ella, aquella recién casada que me hacía la vida

imposible con sus celos ridículos y con sus lágrimas cursis e insoportables. ¡Ella! ¡Vamos! ¡Y ahora resulta que no le importa! (*Se deja caer en el sillón. Está abrumado, hundido, como perdido*) ¡Adelaida! Pero ¿es ella? ¿Es esta misma mujer aquella muchacha que hace treinta años me trajo por primera vez a esta casa cogido de la mano?

(*Y por el fondo irrumpen alegres, alegrísimas, Adelaida y Rosalía*)

ADELAIDA.—¡Ernesto! ¡Cariño!

ROSALÍA.—¡Ernesto!

ADELAIDA.—¡Mira...!

ROSALÍA.—¡Una sorpresa!

ADELAIDA.—Mira quién está aquí...

(*Las dos se vuelven hacia el fondo, muy risueñas, ilusionadísimas. Y por allí aparece Jorge*)

JORGE.—(*Muy jovial*) Buenas tardes. ¿Se puede?

(*El doctor pega un respingo*)

EL DOCTOR.—¡Anda! ¡El marido! ¡El que faltaba...!

ROSALÍA.—(*Entusiasmada*) ¡Jorge! ¡Amor mío!

ADELAIDA.—(*Muy contenta*) ¡Jorge! Encanto...

(*Jorge besa ligeramente a Adelaida en la mejilla, que ella le brinda*)

JORGE.—¡Adelaida!

ADELAIDA.—¡Hijito!

JORGE.—Hola, jefe. ¿Cómo estás?

ERNESTO.—Bien venido, Jorge...

ROSALÍA.—(*Cariñosísima*) ¡Jorge! ¡Cielo! Pero ¿cómo has adivinado que estaba yo aquí?

JORGE.—¡Je! Pues, mira, la verdad es que no lo he adivinado de ninguna manera. Pura casualidad. Venía sencillamente a tomar una copa con Ernesto...

ADELAIDA.—¿De veras? Entonces ya está decidido. ¡Os quedáis a cenar!

ROSALÍA.—(*Palmoteando contentísima*) ¡Bravo! ¡Nos quedamos! ¡Nos quedamos!

JORGE.—Bueno, bueno, por mí...

ROSALÍA.—(*Muy alegre*) ¿Has oído, Ernesto? ¡Nos quedamos a cenar!

ERNESTO.—¡Je! ¡Magnífico!

ADELAIDA.—(*Muy dispuesta*) ¡Hala! Y, para empezar, vamos a tomar una copa...

ROSALÍA.—¡Estupendo! Vengan copas, muchas copas. Yo, a estas horas, si me falta mi «martini», estoy perdida...

ADELAIDA.—¡Ah! ¡El «martini»! ¡Qué invento tan maravilloso!

*(Las dos mujeres marchan hacia el chaflán hablando animadísimas)*

ROSALÍA.—Oye. ¿Qué vais a hacer este fin de semana?

ADELAIDA.—Marbella, ¿sabes? Un viaje relámpago. Nos han invitado los Villanueva, que se ponen pesadísimos, ya los conoces. ¿Y vosotros?

ROSALÍA.—No sé. Me parece que nos quedaremos en casa. A lo mejor vamos a las conferencias de ese jesuita que está de moda. Es un fenómeno, ¿sabes? Dice unas cosas feroces, feroces...

ADELAIDA.—(*Muy experta*) ¿De la píldora o del régimen?<sup>9</sup>

ROSALÍA.—¡De todo...!

ADELAIDA.—¡Qué bien! ¿Y ese padre es de izquierdas?

ROSALÍA.—¡Ah, sí, sí! Muy de izquierdas...

ADELAIDA.—Mira, me encanta la gente de izquierdas, no lo puedo remediar. ¡Dicen unas cosas tan originales...!

*(Desaparecen las dos por el chaflán. Jorge se vuelve hacia Ernesto, muy divertido)*

JORGE.—¡Chico! ¡Chico! ¡Qué mujeres! Son arrolladoras...

ERNESTO.—¡Je!

JORGE.—(*Se ríe*) ¿Y qué se puede hacer, digo yo?

ERNESTO.—¡Je!

EL DOCTOR.—¡Je!

JORGE.—Oye. ¿Qué te pasa a ti esta tarde? Te encuentro preocupado.

ERNESTO.—Hombre...

JORGE.—(*Muy perspicaz*) ¿Algún lío de faldas?

ERNESTO.—¡Je! Pues sí... De eso se trata. ¡Un lío de faldas!

---

9 De la píldora anovulatoria para la contracepción y del régimen político franquista.

JORGE.—(*Muy ufano*) ¡Digo! Si lo que a mí se me escape...

*(Jorge se va por el chaflán. Ernesto le sigue con la mirada, incluso después de que ha desaparecido. Y luego se vuelve hacia El doctor con los ojos brillantes, como ante un descubrimiento)*

ERNESTO.—(*Un silencio*) Aquí fue, doctor... Estoy seguro.

EL DOCTOR.—¿El qué...?

ERNESTO.—Aquí fue cuando me hice por primera vez esa pregunta...

EL DOCTOR.—¿Qué pregunta?

ERNESTO.—Una pregunta terrible, doctor. Esta: ¿Jorge lo sabe o no lo sabe?

EL DOCTOR.—(*En vilo, asustadísimo*) ¿Cómo?

ERNESTO.—(*Obstinado*) Sí, sí. Eso es. ¿Jorge sabe o no sabe que su mujer es mi amante?

EL DOCTOR.—(*Casi un escalofrío*) ¡Santo Dios!

ERNESTO.—¿Verdad que es una pregunta estremecedora?

*(Y en este momento vuelve Jorge por donde se fue, con un vaso de whisky en la mano)*

JORGE.—Oye. Y por curiosidad. ¿Quién es ella?

ERNESTO.—¿Quién?

JORGE.—¡Ella! ¡La del lío...!

ERNESTO.—¡Ah! La del lío... (*Un silencio*) ¡Je! Pues, ¿qué quieres, Jorge? No me parece prudente...

JORGE.—(*Muy gentil*) ¡Basta! Ni una palabra más. ¡Estamos entre caballeros!

ERNESTO.—¡Je! (*Jorge se sienta en el sofá. Toma un diario de la tarde que está sobre la mesita y repasa los titulares de la primera página. Ernesto se vuelve hacia El doctor*) Naturalmente, ya sé que esa pregunta pude hacérmela mucho antes, quizá aquel primer día, cuando Rosalía y yo salíamos, como dos fugitivos, envueltos en las sombras del atardecer, de aquel chalet de la carretera que tenía el jardín lleno de rosas. Pero ha sido esta tarde, precisamente esta tarde, mucho tiempo después, cuando por primera vez he sentido dentro de mí esa espantosa incertidumbre... (*Poco a poco, mientras habla, se va excitando*) ¿Por qué, doctor? ¿Por qué estalla de pronto la conciencia de un hombre y se hacen pedazos su paz y su seguridad? ¿Es que uno no es dueño de sí mismo? ¿Es que hay una voluntad superior que se impone a la nuestra y nos conduce y nos gobierna a su capricho? ¿Es que hay un reloj invisible, colgado en el vacío, que señala para cada cual la hora del remordimiento y de la angustia?

Entonces, ¿es por eso? ¿Es por eso, doctor, por lo que esta tarde me pregunto si Jorge lo sabe o no lo sabe?

EL DOCTOR.—(*Alarmado*) Cálmese, señor Luján...

ERNESTO.—(*Con un inmenso desasosiego*) ¡Doctor! Este era mi drama. Todo cambió para mí desde el mismo instante en que me hice esa pregunta. ¡Dios mío! ¿Jorge lo sabe o no lo sabe? ¡Oiga! ¿Se da usted cuenta de la diferencia que en la respuesta tiene para mí un sí o un no? (*Se vuelve hacia Jorge y habla mirándole obsesionado*) Porque si Jorge lo sabe es un miserable, ¿no es cierto? ¡Sí! ¡Un miserable! El más vil y el más ruin de todos los hombres. Un sucio tramposo jugador de ventaja que pone a su propia mujer como prenda en esa monstruosa partida de la ambición, de la vanidad y del dinero. Y en ese caso, para mí todo está claro, ¿no cree? Yo no soy más que un instrumento suyo, su víctima, el explotado: resulto casi, casi inocente. ¡El engañado soy yo! ¿No piensa usted lo mismo? Pero si Jorge no sabe nada... Si Jorge no sabe nada, sí, a pesar de todo, en su pensamiento no ha brotado todavía la sospecha de que su mujer le engaña —¡y hubiera sido tan fácil esa sospecha, tan fácil!—; si no sabe que con el deshonor y el ridículo está pagando su prosperidad y su fortuna; si, después de todo, es como un ángel que pasa entre nosotros, entre tanto engaño, tanta frivolidad y tanto barro, sin salpicarse, sin mancharse, limpio, puro, inocente, entonces, doctor, ¿qué soy yo? ¿Eh? ¡Dígame! ¿Qué soy yo, el hombre que pisotea sin piedad tanta pureza y tanta inocencia? ¡Vamos! Dígalo ya...

(*En este momento Jorge se vuelve con mucha curiosidad*)

JORGE.—Oye. Pero ¿la conozco yo?

ERNESTO.—(*Irritado*) ¡Sí! La conoces, Jorge, la conoces...

JORGE.—¡Hola! ¿Mucho?

ERNESTO.—¡Muchísimo!

JORGE.—(*Cada vez más interesado*) ¡Hola! ¡Hola! Entonces, ¿pertenece a nuestro mundo?

ERNESTO.—¡Naturalmente!

JORGE.—¿Es guapa?

ERNESTO.—¡Sí! Es guapa...

JORGE.—¿Soltera o casada?

ERNESTO.—¡Casada! ¡Casada!

JORGE.—(*Riendo*) ¡Hola! ¿Y el marido, qué? ¿En la luna?

ERNESTO.—Hombre...

JORGE.—(*Se ríe más*) ¡Chico! ¡Chico! Pero qué maridos hay por ahí...

*(Y sin dejar de reír torna apaciblemente a su lectura. Ernesto y El doctor se miran en silencio)*

EL DOCTOR.—*(Apabulladísimo)* ¡Hijo! Pues, ¿qué quiere usted que le diga? Yo creo que este infeliz no sabe nada...

ERNESTO.—*(Intensamente)* ¿Está usted seguro?

EL DOCTOR.—*(Estupefacto)* ¿Cómo?

ERNESTO.—¿Y si está fingiendo? ¡Porque medio Madrid cree que Jorge lo sabe!

EL DOCTOR.—*(Aterrado)* ¡Virgen Santísima! ¿Qué dice usted?

*(Jorge, que al parecer ha leído en el periódico algo muy chusco, se ríe)*

JORGE.—¡Anda! Esto es gracioso...

*(Ernesto se vuelve irritadísimo)*

ERNESTO.—¿El qué...? ¿Qué es lo que resulta gracioso? ¡Vamos a ver!

JORGE.—Un crimen pasional...

ERNESTO.—¡Oh!

JORGE.—¡Qué bestia!

ERNESTO.—¿Quién?

JORGE.—*(Muy natural)* El marido...

ERNESTO.—¡Hum!

JORGE.—Doce puñaladas, calcula. ¡El muy salvaje! ¡Pobre mujer! ¡Ah! ¡España! ¡España! Esta es la vieja España, tan brutal, tan atroz, tan poco europea. En fin, chico, yo soy progresista, qué caramba...

*(Vuelve a su lectura. Ernesto se encara con El doctor)*

ERNESTO.—¡Doctor! ¿Ha oído usted?

EL DOCTOR.—*(Confundidísimo)* ¡Hombre! Pues a lo mejor es que lo sabe...

*(Un fugaz silencio. Jorge, en el mejor de los mundos, sigue leyendo su periódico con mucho interés. Ernesto, mientras habla, ahora no deja de mirarle fijamente)*

ERNESTO.—¡Doctor! Yo tenía que averiguar si Jorge lo sabía o no lo sabía. ¿Comprende usted? Desde el instante en que me hice esa terrible pregunta

—¿Jorge lo sabe o no lo sabe?— solo sentí un deseo. Un deseo apremiante, angustioso; un deseo que era una agonía, un deseo que me subía del corazón a la garganta. Yo tenía que saber, doctor. Pero pronto, inmediatamente...

EL DOCTOR.—¡Oiga! ¿Y qué hizo usted?

ERNESTO.—¿No lo adivina?

*(Y, sin remedio, inexorablemente atraído por él, da unos pasos hacia Jorge)*

EL DOCTOR.—*(Aterrado)* ¡No! Eso no...

ERNESTO.—*(Violento)* ¡Déjeme usted en paz...! *(Y avanza más)* ¡Jorge!

*(Jorge, amablemente, alza la vista del periódico)*

JORGE.—Dime, Ernesto... *(Un silencio. Jorge sonrío)* Oye. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Qué te anda por la cabeza?

*(Otro silencio)*

ERNESTO.—Una pregunta.

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

El mismo decorado.

*(Cuando se levanta el telón, Ernesto, Jorge y El doctor están en la misma actitud en que quedaron al final del acto anterior. Hay un corto silencio)*

JORGE.—¿Una pregunta? ¿Y qué pregunta es esa?

*(El doctor contempla a Ernesto y Jorge, aterrado)*

EL DOCTOR.—¡Santo Dios! ¡Qué escena!

ERNESTO.—*(Airado)* ¡Cállese usted!

EL DOCTOR.—¡Oh!

*(Ernesto va hacia Jorge. Con otro tono)*

ERNESTO.—¡Je! Verás, Jorge. Es que me gustaría que tú y yo habláramos un poco...

JORGE.—¡Ah! ¿Sí?

ERNESTO.—¡Sí!

JORGE.—*(Muy dispuesto)* ¿De qué? ¿De negocios? Pues mira, en ese aspecto puedes estar tranquilo. Todos tus asuntos marchan. Esta tarde hablé con la sucursal de París. ¡Sin novedad! Nueva York ha enviado un informe de la situación muy satisfactorio. Se lo he pasado a tu secretaria para que lo estudies mañana, despacio. ¡Ah! Por cierto, a última hora llamaron de Londres. Parece que la Bolsa sigue propicia, y di orden de que siguieran comprando. ¿Hice bien?

ERNESTO.—*(Indignadísimo)* ¡Jorge! ¡¡Todo eso no me importa nada!!

JORGE.—*(Estupefacto)* ¡Ah! ¿No?

ERNESTO.—¡¡No!!

JORGE.—¡Hola! ¿De manera que no te importa lo que pasa en la Bolsa de Londres?

ERNESTO.—¡No!

JORGE.—¡Qué raro! *(Se calla. Y en seguida, en una feliz inspiración)* ¡Ah, vamos! ¡La política!

ERNESTO.—¡Oh!

JORGE.—Tú quieres que hablemos de política. ¿Es que hay crisis?



ERNESTO.—¡No! ¡Tampoco! ¡Me tiene sin cuidado la política!

JORGE.—(*Muy azarado*) ¡Hombre! Pues en los negocios influye mucho...

ERNESTO.—¡Jorge! En la vida hay cosas más importantes que la política y los negocios...

JORGE.—(*Estupefacto*) ¡No me digas!

ERNESTO.—¡Sí! Te lo digo, te lo digo...

JORGE.—Bien, bien...

(*Un corto silencio. Ernesto, con otro tono*)

ERNESTO.—Somos hombres, ¿no?

JORGE.—¡Naturalmente!

ERNESTO.—Y cada uno de nosotros tiene sus problemas, sus pasiones, su vida privada...

JORGE.—(*En la luna*) ¡Ah! Eso sí. ¿Qué duda cabe?

ERNESTO.—Y, en realidad, tenemos tan pocas ocasiones de hablar tú y yo. De hablar por hablar. De nosotros mismos. ¿Comprendes? En la oficina siempre estamos rodeados de gente. Y aquí, en casa, tu mujer y la mía se imponen...

JORGE.—(*Sonriendo*) Eso es verdad. ¡Qué par de charlatanas! (*Un silencio. Un suspiro*) Bueno. Pues estoy a tus órdenes. ¡Hala! ¿De qué quieres que hablemos?

ERNESTO.—Pues de lo natural. De la vida. De los hombres y de las mujeres. De ti, de mí, de Rosalía, de Adelaida...

JORGE.—(*Otro suspiro*) ¡Ah! ¿Sí? Bueno, bueno. ¡Adelante! (*Y en el acto se lanza, como ante un tema sugestivo y oportuno*) Oye. ¿Hace mucho que no vais al teatro? Rosalía y yo estuvimos anoche y vimos una comedia muy moderna. Figúrate tú que se levanta el telón y aparece una cama en el centro del escenario. Una cama preciosa, estilo Luis xv. Una maravilla. Oye. Y de pronto resulta que todas las parejas se van acostando una tras otra...

ERNESTO.—(*Contrariadísimo*) ¡Hum!

JORGE.—No paran, chico. ¡Un jaleo!

ERNESTO.—Jorge...

JORGE.—Oye. Yo me reí horrores. Pero a Rosalía le sentó muy mal. Por la cosa moral, ¿comprendes?<sup>10</sup>

10 No debe pasar inadvertido lo irónico de este comentario alusivo a una mujer, como la suya, que practica algo de lo mismo que parece sugerirse ocurre en ese aludido «vaudeville», que bien podría remitir a algunas de las piezas picantes que por aquellos años lograban cientos de representaciones en el teatro comercial español.

ERNESTO.—(*Furioso*) ¡Jorge! Me parece a mí que entre tú y yo debe de haber algún tema de conversación más importante que una función de teatro...

JORGE.—¿Tú crees?

ERNESTO.—¡Sí!

JORGE.—Pues chico, ahora no caigo...

ERNESTO.—(*A voces*) ¡¡Jorge!!

JORGE.—(*Ya francamente amoscado*) Pero, muchacho, ¿qué te pasa esta tarde? ¡Leñe!

*(Toma su vaso de whisky. Pero Ernesto grita como en un estallido)*

ERNESTO.—¡Deja eso! ¡No bebas!

JORGE.—(*Atónito*) ¿Cómo? ¿Que no beba?

ERNESTO.—¡Jorge! ¡Mírame!

JORGE.—¿Que te mire?

ERNESTO.—¡¡Mírame!!

JORGE.—Bueno. Si te empeñas...

*(Jorge, sorprendidísimo, deja otra vez el vaso de whisky sobre la mesita y se queda mirando a Ernesto)*

ERNESTO.—(*Con una enorme ansiedad*) ¡Jorge! ¿Tú eres feliz?

JORGE.—¿Quién? ¿Yo? ¿Que si soy feliz...?

ERNESTO.—¡Contesta!

JORGE.—(*Divertido, con una fantástica espontaneidad*) Pero, hombre, ¿y esa era tu famosa pregunta? ¡Pues claro que soy feliz! ¡Maravillosamente feliz!

ERNESTO.—¿De veras?

JORGE.—¡Vamos! ¡Y eres tú quien lo duda! ¡Tú! ¡El único que está en el secreto!

ERNESTO.—¡Jorge!

JORGE.—Porque la verdad es que toda esta felicidad te la debo a ti...

ERNESTO.—¿Tú crees?

*(Jorge marcha. Da unos pasos)*

JORGE.—Vamos, vamos. ¡Ernesto! ¡Por favor! Haz memoria. ¿Quién era yo hace unos años? ¡Nadie! Un pobre abogado sin pleitos que, por fin, había encontrado un modesto empleo en las oficinas de la Banca Luján. Tenía un despachito pequeño con una ventana al patio, en el sótano del rascacielos.

Una secretaria triste y torpe. Muy poco trabajo, eso sí, y nada importante. Y un sueldo tan escaso, tan escaso, que no bastaba para cubrir las necesidades de un matrimonio lleno de ambiciones y de esperanzas. ¿Te acuerdas?

ERNESTO.—¡Sí! Me acuerdo...

JORGE.—(*Triunfante*) ¡Ah! Pero, de pronto, un día se produjo el milagro. ¿Qué pasó? Es muy sencillo: Ernesto Luján, el mismísimo señor presidente, me llamó a su despacho. ¡Oh! Puedes estar seguro de que nunca olvidaré tu primera llamada. Yo llegué ante ti temblando, como un pobre chico. Tú estabas allí, detrás de tu gran mesa, sonriente, amable, generoso, todo un gran señor. Me encargaste, para empezar, una misión muy especial. Un viaje a Holanda para iniciar negocios con una compañía de La Haya...

(*Ernesto se vuelve despacio hacia El doctor. Se miran los dos*)

ERNESTO.—¡Je! ¿Usted oye, doctor?

EL DOCTOR.—(*Horrorizado*) ¡Calle! ¡No diga nada!

(*Jorge, muy satisfecho, un poquito presuntuoso*)

JORGE.—Oye. ¿Y recuerdas por qué me elegiste a mí, precisamente a mí, entre todos tus empleados para aquel viaje a Holanda?

ERNESTO.—(*Bajo*) ¿Por qué, Jorge? ¿Por qué fue?

JORGE.—(*Segurísimo*) ¡Toma! Pues porque yo hablo idiomas...

EL DOCTOR.—(*Con un estremecimiento*) ¡Señor! ¡Qué despiste!

JORGE.—(*Muy feliz*) En fin, que tuve suerte. No lo puedo negar. A la vuelta de Holanda presenté mi informe y el señor presidente se entusiasmó. Luego me enviaste a París, después a Londres, a los Estados Unidos y al Oriente Medio. ¡Ah! He viajado mucho. Un día, al fin, me dijiste con toda solemnidad que habías resuelto asociarme a todas tus empresas. ¡Y aquel fue mi gran día! Entonces, empecé a ganar prestigio y consideración entre las gentes, autoridad... Y dinero, mucho dinero. Hoy puedo decir que gracias a tu apoyo, a tu protección, a tu generosidad, soy un hombre rico. Tengo una buena cuenta corriente. Un gran coche. Un espléndido piso en el barrio de Salamanca. Una casa en el Sur. Una finca en el campo. (*Se calla. Piensa algo y sonrío*) Bueno. Y además de todo eso tengo a mi mujer...

ERNESTO.—(*Muy bajo*) ¡Rosalía!

JORGE.—¡Claro! ¡Rosalía! (*Ernesto le está mirando fijamente. Pero Jorge, en su mundo, no lo advierte*) Rosalía es una maravilla, Ernesto. ¡Oh, tú no sabes! Bajo esa apariencia suya de frivolidad y de ligereza que todos conocéis, ella

guarda para mí tanta ternura, tanta comprensión, tanto amor. Yo creo que todavía me quiere como cuando éramos novios. ¡Figúrate! ¡Ah! Es la esposa perfecta que me cuida, que me mimaba como a un niño; que se siente orgullosa de mí. Porque Rosalía se siente muy orgullosa de mí, ¿sabes? (*De pronto, muy risueño*) Bueno. También es un poquito celosa. ¡Je!

ERNESTO.—¿Sí?

JORGE.—¡Uf! Para qué te voy a contar... Me tiene frito.

*(Un pequeño silencio)*

ERNESTO.—(*Muy bajo, anhelante*) ¿La quieres mucho, Jorge?

*(Jorge se vuelve, entre asombrado y conmovido)*

JORGE.—¿Que si la quiero? Pero, Ernesto, ¿es que lo dudas? ¡Rosalía es toda mi vida! Por ella lucho, por ella tengo ambición. Por ella quiero subir más y más alto cada día. Todo es por ella. ¡Porque la quiero!

ERNESTO.—¡Claro!

JORGE.—A veces me pregunto a mí mismo: ¿de qué sería yo capaz por Rosalía? Y la respuesta es siempre igual. De todo. Por ella sería capaz de todo...

*(Jorge ya está ante la puerta del chaflán, a punto de salir. Ernesto le mira asustado)*

ERNESTO.—Entonces, ¿tienes fe en ella? ¿Crees en Rosalía?

JORGE.—(*Con toda su alma*) ¿Que si creo? Pero, hombre, ¿en qué voy a creer si no creo en Rosalía?

*(Sale. Ernesto se ha quedado inmóvil, atónito, viendo desaparecer a Jorge. En una viva transición va hacia El doctor. Y los dos se agitan inquietos, desasosegados, nerviosísimos)*

ERNESTO.—¡Doctor! ¿Ha oído usted?

EL DOCTOR.—¡Hijo!

ERNESTO.—¡No lo sabe! ¡No lo sabe!

EL DOCTOR.—(*Con muchísima emoción*) ¡No! ¡Qué va! ¡Pobrecito!

ERNESTO.—¡No lo sabe!

EL DOCTOR.—¡No sabe nada! ¡Es un mirlo!

ERNESTO.—¡No lo sabe! Se equivocan los que le creen capaz de tanta indignidad y tanta hipocresía. ¡Es mentira! ¡No lo sabe!!

EL DOCTOR.—¡Señor Luján!

ERNESTO.—¡Doctor! ¡Doctor! ¿Se da usted cuenta ya? ¿Comprende usted todo lo que pasó por mi pensamiento cuando tuve la certeza de que Jorge no lo sabía? Yo veía a este hombre cada mañana, allí, en su despacho del rascacielos, manejando teléfonos y dictáfonos, dando órdenes, muchas órdenes, tan feliz y tan orgulloso de sí mismo, creyendo que esa situación privilegiada se la debía a él, a sus desvelos y a su talento. ¡Doctor! ¿Qué pasaría si de pronto una voz al oído le dijera: «Despierta, mamarracho, pobre hombre, estúpido; despierta, que estás soñando. Todo esto es, sencillamente, porque tu mujer se acuesta con el gran jefe...».

EL DOCTOR.—(Agobiado) ¡Santo Dios!

(Y en este instante asoma Rosalía por el chaflán, un poquito intrigada)

ROSALÍA.—Oye. Por curiosidad. ¿De qué habéis estado hablando durante tanto rato mi marido y tú?

ERNESTO.—¡Je! Hemos estado hablando de ti.

ROSALÍA.—(Extrañadísima) ¿De mí?

ERNESTO.—¡Sí! De ti, de ti...

ROSALÍA.—(Sincerísima) ¡Jesús! Pues sí que es un tema...

ERNESTO.—¿Qué quieres? No lo he podido evitar. De pronto he sentido la necesidad de averiguar si Jorge lo sabía o no lo sabía...

ROSALÍA.—(Indignada) ¿El qué? ¿Lo nuestro?

ERNESTO.—¡Sí! Lo nuestro...

ROSALÍA.—¡Madre mía! ¡Pero qué morbosos eres! ¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que si esta noche le das un disgusto a mi marido, yo no te lo hubiera perdonado! ¡Ea!

(Y se va con mucho aire. Nuevamente quedan solos Ernesto y El doctor)

ERNESTO.—(Con infinita amargura) ¿Qué le parece, doctor? Esta es mi obra, este soy yo. He destrozado la vida de mi mujer, aunque ella no lo sepa y se crea la reina feliz de este mundo frívolo y embustero en que vivimos. He pervertido a Rosalía: aquella buena chica que llamó una mañana de lluvia a la puerta de mi despacho para pedirme un poco de ayuda en su lucha por

la vida; se ha convertido, gracias a mí, en una cualquiera. Y lo que es peor todavía: he pisoteado sin piedad ese amor tan grande, tan hermoso y tan ciego que Jorge siente por su mujer... *(Se calla. Una vez más, para sí mismo, con desesperación, con angustia)* Naturalmente, yo no podía cruzarme de brazos, ¿verdad? Yo tenía que hacer algo. Yo tenía que deshacer este nudo monstruoso. Yo tenía que salvarlos a ellos y salvarme yo mismo. *(De pronto, con un súbito y airado rencor)* ¿Y qué podía hacer yo? ¿Qué es lo que tenía que hacer yo? ¿No lo comprende? No había más que un camino. ¡Acabar con el señor del rascacielos! Ese personaje insolente y provocador que es el imán y la luz que atrae y deslumbra a estas pobres vidas. ¡Ese! ¡El nudo que a todos nos ata! ¡Maldito sea! Porque, ¿quién sino él, con su aureola y su brillo y su poder es el culpable de todo? En realidad, doctor, Rosalía nunca fue la amante de este hombre que soy yo. ¡Oh, no! Ella fue siempre la querida del señor presidente. Por eso, para terminar de una vez, irremediablemente, yo tenía que hundir al gran personaje: arruinarle, destrozarle, sepultarle en la pura nada. Para que todos volviéramos a ser lo que fuimos antes. Para que todos volviéramos a empezar...

*(Se calla. El doctor le mira con mucha atención)*

EL DOCTOR.—¡Oiga! ¿Y qué hizo usted?

*(Ernesto se vuelve despacio hacia El doctor)*

ERNESTO.—¿No lo adivina? *(Un silencio. Y alguien golpea con los nudillos en la puerta del chaflán. Ernesto, en una brusca transición, con violencia)* ¡Maldita sea! ¡Otra vez están ahí!

*(Dentro se oyen las voces de Adelaida, Jorge y Rosalía)*

ADELAIDA.—*(Dentro)* ¡Doctor!

JORGE.—*(Dentro)* ¡Doctor!

ROSALÍA.—*(Dentro)* ¡Doctor!

ERNESTO.—¡Oh! Ellos, siempre ellos...

*(Se abren, impetuosamente, las puertas del chaflán y surge Jorge, presuroso, que se dirige al doctor)*

JORGE.—¡Doctor! Usted disculpe si interrumpo. Pero es que como lleva usted tanto tiempo encerrado con Ernesto, Adelaida y Rosalía están muy nerviosas y quisieran saber...

EL DOCTOR.—¡Je!

*(Jorge se dirige ahora a Ernesto, muy solícito)*

JORGE.—¿Cómo estás, Ernesto? ¿Cómo te encuentras?

*(Un gran silencio. Ernesto se encara airado con Jorge y le mira muy fijo, como si fuera a decir algo terrible)*

ERNESTO.—¡Jorge!

JORGE.—¿Qué?

*(Otro silencio. Ernesto, en una transición, baja la cabeza casi con humildad)*

ERNESTO.—No... Nada.

*(Ernesto marcha despacio hacia la terraza. Sale. Jorge se ha quedado estupefacto)*

JORGE.—¡Oiga! ¿Pero usted ha visto?

EL DOCTOR.—¡Je!

JORGE.—¿Qué le sucede a este hombre? ¿Está loco, doctor, está loco...?

*(Y en el chaflán aparecen Adelaida y Rosalía, que avanzan anhelantes y se plantan una a cada lado del doctor)*

ADELAIDA.—¡Doctor! ¡Doctor!

ROSALÍA.—¡Doctor!

ADELAIDA.—¿Qué? ¿Qué dice?

ROSALÍA.—¡Vamos! ¡Hable!

ADELAIDA.—¿Le encuentra usted mal? ¿Pero muy mal, muy mal? ¡Doctor! ¡No me asuste!

EL DOCTOR.—¡Señora! Pero si aún no he dicho nada...

ROSALÍA.—*(Interesadísima)* ¡Oiga! ¿Qué le ha contado?

EL DOCTOR.—(*A Rosalía, muy amable*) ¡Señora! Pues, ¿qué quiere usted que le diga? Me ha contado muchas cosas...

ROSALÍA.—(*Inquieta*) ¡Ah! ¿Sí?

EL DOCTOR.—¡Oh!

ROSALÍA.—¿Qué cosas?

EL DOCTOR.—¡Je! Entre hombres. ¡Figúrese!

ROSALÍA.—(*Muy molesta*) ¡Jesús! ¡Que charlatán!

JORGE.—¡Está loco!

ROSALÍA.—¡Qué imprudente!

JORGE.—Pero loco, loco...

ROSALÍA.—¡Vamos! Pero qué indiscretos son los hombres...

EL DOCTOR.—¡Je!

*(Rosalía y Jorge han hablado a un tiempo, muy indignados, yendo de un lado para otro. Y en este momento Adelaida casi grita:)*

ADELAIDA.—¡Basta!

ROSALÍA.—¡Oh!

ADELAIDA.—¡Doctor! Decididamente, no tiene ninguna importancia lo que mi marido haya podido contarle a usted. Lo que usted necesita saber es lo que voy a contarle yo...

EL DOCTOR.—¡Señora! ¿Usted cree?

ADELAIDA.—¡Naturalmente! (*Adelaida se calla. Después da unos pasos y se planta ante El doctor con una irremediable solemnidad*) ¡Doctor! Voy a confesarme con usted.

EL DOCTOR.—(*Aterrado*) ¡Señora! ¿Usted también?

ADELAIDA.—¡Ah, sí, sí! Y voy a hacer ante usted un relato tan fiel, tan detallado y tan exacto...<sup>11</sup>

EL DOCTOR.—(*Vivamente*) ¡Calle! ¡No me diga más! Como si todo fuera una representación teatral y yo el único espectador...

ADELAIDA.—(*Con sincera admiración*) ¡Jesús! ¡Qué listo es este viejecito!

*(El doctor, resignado, se hunde en su sillón, dispuesto a todo)*

EL DOCTOR.—¡Adelante, señora, adelante!

---

<sup>11</sup> Las palabras introductorias del relato de Adelaida son exactamente iguales a las de Enrique en el primer acto, dirigidas al mismo personaje y con la misma intención.



*(Adelaida mira en torno y suspira)*

ADELAIDA.—Escuche, doctor. Figúrese usted que esta noche estábamos aquí Rosalía, Jorge y yo, charlando tranquilamente, cuando de pronto apareció mi marido...

*(Se calla. Todos, en silencio, se vuelven hacia la embocadura del foro. Un segundo después, por allí, aparece Ernesto. Como en esta ocasión Ernesto es un personaje evocado por Adelaida, él, naturalmente, no ve al doctor)*

EL DOCTOR.—*(Otra vez interesadísimo)* ¡Je! A ver, a ver...

*(Ernesto, en silencio, avanza. Mira en torno y sonrío)*

ERNESTO.—¡Adelaida! ¡Jorge! ¡Rosalía!

*(Todos sonrían)*

ADELAIDA.—*(Muy superficial)* ¿Qué, amor mío?

ERNESTO.—Acabo de tomar una determinación y creo que vosotros debéis ser los primeros en conocerla...

*(Adelaida, Rosalía y Jorge, siempre sonrientes, con mucha curiosidad, van hacia Ernesto y le rodean)*

JORGE.—¡Hola! ¡Hola!

ROSALÍA.—¿Una determinación?

ADELAIDA.—¿Y qué determinación es esa, cariño? Porque no me irás a decir que te vas a París con alguna chiquita...

*(El doctor, que, en su sillón, sigue la escena atentísimo, no puede evitar un vivo estremecimiento)*

EL DOCTOR.—¡Caray! ¿Qué ha dicho?

*(Adelaida se vuelve rápidamente, con mucho disgusto)*

ADELAIDA.—¡Cállese usted!

EL DOCTOR.—¡Señora!

ADELAIDA.—¡No me interrumpa! ¡Por favor! ¡Que pierdo el hilo!

EL DOCTOR.—¡Hum!

*(Ernesto mira en torno y sonrío con un brillo en la mirada)*

ERNESTO.—Veréis. Mañana, como todos los días, a las once entraré en mi despacho del rascacielos. Me sentaré ante mi gran mesa de caoba y cristal y empezaré a tocar timbres, muchos timbres, todos los timbres. En el acto acudirán los jefes de la casa, mi brillante estado mayor. Y cuando estén todos ante mí, con unas pocas palabras, sin un pequeño discurso siquiera, porque nunca fui hombre de discursos, les comunicaré mi decisión: «¡Señores! Me despido de ustedes. ¡Me marchó! Lo dejo todo. Este despacho, esta casa, todo, todo. El Consejo de Administración elegirá un nuevo presidente. A mí ya no me volverán ustedes a ver...».

*(Adelaida, Rosalía y Jorge, que le han escuchado estupefactos, le miran todavía durante un segundo de silencio)*

LOS TRES.—*(Casi sin voz)* ¿Cómo?

ADELAIDA.—¿Qué has dicho?

*(Y, de pronto, excitadísimos, se lanza los tres a un tiempo)*

ROSALÍA.—¡Ernesto! ¿Quieres decir que te vas?

ERNESTO.—¡Sí!

ADELAIDA.—¿Que lo dejas todo?

ERNESTO.—Sí, sí...

JORGE.—*(Aterrado)* ¿Tus negocios? ¿Tus empresas? ¿El Banco?

ERNESTO.—¡Todo!

*(Adelaida, Rosalía y Jorge, a un tiempo)*

LOS TRES.—¡Ernesto!!

*(Un levísimo silencio. Todos miran a Ernesto asustados. Él sonrío)*

ROSALÍA.—¡Je! He decidido repartir todas mis acciones entre los empleados del Banco...

*(Adelaida, Rosalía y Jorge sufren un atroz estremecimiento. Las dos mujeres gritan a un tiempo)*

LAS DOS.—¡Ayyy!

*(El doctor, soliviantadísimo, se incorpora de un salto)*

EL DOCTOR.—¡¡Rediez!!

*(Adelaida, Jorge y Rosalía chillan)*

ADELAIDA.—¡¡Socorro!!

JORGE.—¡¡Ernesto!!

ROSALÍA.—¡¡Ernesto!!

ERNESTO.—¡Je!

ADELAIDA.—Pero ¿qué has dicho? ¿Que vas a repartir tus acciones?

ERNESTO.—¡Sí!

LOS TRES.—*(Gritando)* ¡¡No!!

ERNESTO.—*(Con una arrolladora firmeza)* ¡Ah, sí, sí! Estoy decidido...

ADELAIDA.—*(Con terror)* Pero ¿todas?

ERNESTO.—*(Gozosamente)* ¡Todas! ¡Todas!

ADELAIDA.—¿Gratis?

ERNESTO.—¡Naturalmente!

ADELAIDA.—Pero, Ernesto, ¡eso es la revolución! ¡Está prohibido!

ERNESTO.—*(Furioso)* ¿Y a mí qué me importa?

ADELAIDA.—¡Ernesto! Entonces, ¿qué va a ser de nosotros? ¡Nos quedaremos sin un céntimo! Esto es la ruina, el hambre, la miseria...

ROSALÍA.—¡El desastre!

JORGE.—¡La hecatombe!

*(Y de pronto Adelaida lanza un grito)*

ADELAIDA.—¡Ayyy...!

*(Y cae en el sofá desmayada. Rosalía y Jorge acuden a ella, asustadísimos)*

LOS DOS.—¡¡Adelaida!!

JORGE.—¡Adelaida! ¡Adelaida!

ROSALÍA.—¡Ay! ¡Que se ha desmayado!

*(Rosalía y Jorge están uno a cada lado de Adelaida, dándole cachetitos en las mejillas)*

JORGE.—¡Adelaida!

ROSALÍA.—¡Adelaida! ¡Cariño! ¡Vuelve!

JORGE.—¡Adelaida!

ROSALÍA.—*(Gritando)* ¡¡Un médico!!

*(El doctor, sugestionadísimo, se pone en pie, muy decidido)*

EL DOCTOR.—¡Voy!

*(Rosalía y Jorge se vuelven a él, indignados)*

ROSALÍA.—¡Usted se calla!

JORGE.—¡Estese quieto!

ROSALÍA.—¡¡No interrumpa!!

EL DOCTOR.—¡Hum!

*(En este momento y en el sofá, Adelaida se incorpora súbitamente y se dirige al doctor)*

ADELAIDA.—¡Doctor! Me parece que yo tenía motivos para desmayarme, ¿no?

*(El doctor está abrumado, limpiándose el sudor)*

ROSALÍA.—¡Señora! ¿Qué me va usted a decir? Pero si yo mismo, de la impresión, estoy que no me tengo...

ADELAIDA.—¡Oh!

EL DOCTOR.—Conque quiere regalar su fortuna...

ADELAIDA.—¡Sí!

EL DOCTOR.—¡Es un filántropo!

ADELAIDA.—*(Furiosísima)* ¡No! ¡Es un idiota!

*(Y de nuevo recupera vivamente su actitud de desmayada. Jorge y Rosalía continúan intentando reanimarla)*

ROSALÍA.—¡Adelaida!

JORGE.—¡Adelaida!

EL DOCTOR.—¡Huy! ¡Qué barbaridad! ¡Pero qué barbaridad!

ROSALÍA.—¡Cariño! ¡Cielo! ¡Abre los ojos! Di algo...

JORGE.—¡¡Ya!! ¡Ya vuelve!

ROSALÍA.—¡Ay!

LOS DOS.—Ya, ya, ya...

*(Adelaida, que, en efecto, ha abierto los ojos, se incorpora y mira en torno, trastornadísima)*

ADELAIDA.—¡Jesús! ¿Dónde estoy? *(Y cuando ve a Ernesto allá, aislado, casi indiferente, se yergue con un infinito sobresalto)* ¡¡Ernesto!!

ERNESTO.—*(Muy cortés)* ¿Te encuentras bien, Adelaida? ¿De verdad?

*(Adelaida avanza hacia él arrolladoramente)*

ADELAIDA.—¡Ernesto! ¡Amor mío! Ven aquí. Dime que nos has querido engañar. Dime que no es cierto eso de que vas a regalar tu fortuna a tus empleados. ¿Para qué quieren ellos tanto dinero, pobrecitos? Mira, si es que de pronto te preocupa la cuestión social, has de reconocer que con el reparto no se consigue nada. ¡Todo el mundo lo dice!

ERNESTO.—¡Oh!

ADELAIDA.—¡Vamos! Di que todo ha sido una broma...

ERNESTO.—¡No! No ha sido una broma, Adelaida. Estoy decidido.

ADELAIDA.—*(Anonadada)* ¿De veras?

ERNESTO.—¡Naturalmente!

*(Adelaida, por un segundo, se le queda mirando fijamente, y de pronto, en una fantástica transición, se vuelve hacia Jorge impetuosisima)*

ADELAIDA.—¡Pronto! ¡Jorge! ¡No te quedes ahí con la boca abierta! ¡Haz algo!

JORGE.—*(Confundidísimo)* ¡Adelaida! Pero ¿qué quieres que haga?

ADELAIDA.—*(Fulminante)* ¡¡Llama a un psiquiatra!!

JORGE.—¿Un psiquiatra? ¿Para qué?

ADELAIDA.—¡Atontado! Pero ¿no ves que mi marido se ha vuelto loco?

JORGE.—¡Oh!

*(Adelaida cae, angustiadísima, en el sofá, a punto de un nuevo desmayo)*

ADELAIDA.—Loco, loco de remate...

ERNESTO.—¡Adelaida! ¡Mi querida Adelaida!

ADELAIDA.—¡Dios mío! ¡Dice que va a regalar toda su fortuna! ¡ÉL! ¡Un hombre que siempre ha sido de derechas! *(Y se vuelve hacia Ernesto, soberanamente, en un supremo reproche)* ¿No te da vergüenza? ¡Socialista!!

ERNESTO.—*(Tranquilo, sonriente)* ¡Adelaida! Me temo que por prolijas que sean mis explicaciones no me vas a entender. Pero, sin embargo, lo intentaré. Mira, resulta, sencillamente, que yo, de pronto, he hecho un descubrimiento: yo soy un hombre que se llama Ernesto dentro de un personaje que es el magnate del rascacielos. ¡El poderoso! ¡El gran señor! ¡El fabuloso Luján! Y he descubierto también que este hombre que soy yo odia con toda su alma a ese personaje, que le envuelve y le asfixia. Y el hombre —¿comprendes?— ha decidido acabar con el personaje. ¿Cómo puede ser eso? Pues es muy fácil: destruyendo al personaje, arrojándole de su pedestal, a puntapiés si es preciso...

*(Adelaida, que le oye mirándole, se queda anonadada)*

ADELAIDA.—¡Ah! ¿Sí?

ERNESTO.—¡Sí!

ADELAIDA.—*(Trastornadísima)* Bueno. Pero ¿qué quiere decir todo eso? ¡No entiendo nada!

ERNESTO.—¡Oh!

ADELAIDA.—¡Jorge! ¡Rosalía! ¿Habéis oído?

ROSALÍA.—*(Estupefacta)* Es increíble...

JORGE.—*(Muy preocupado)* ¡Santo Dios! Esto es gravísimo...

ERNESTO.—*(Sonriendo)* ¡Adelaida! ¡Rosalía! ¡Jorge! Todo hombre, por lo menos una vez en la vida, hace un alto en el camino. Y entonces ese hombre piensa un poco. Y pensando, pensando sobre sí mismo, llega a las más insólitas conclusiones. Es la crisis, ¿sabéis? Una crisis de angustia y de remordimiento. Es la rebelión de la conciencia que parecía dormida. Yo esta noche estoy viviendo esa crisis. Y quiero salir de ella nuevo, distinto, limpio si es posible, más puro, mejor... *(Se calla. Los otros, poseídos por el más profundo estupor, no apartan de él la mirada)* Por eso tengo que huir de mi mundo, de mi vida, de mí mismo. Y por eso he decidido abandonar el rascacielos. Porque allí, en aquel fantástico despacho del último piso, en el despacho del señor

presidente, están el eje y el centro, el motor de esta vida mía que detesto. Y yo necesito cambiar de vida, Adelaida. Me ahogo, ¿sabes?, me ahogo. ¡No puedo más! ¡Me da asco todo lo que me rodea!

ADELAIDA.—(*Un respingo*) ¿Cómo? ¿Qué ha dicho? ¿Que le da asco?

JORGE.—¡Sí!

ROSALÍA.—Sí, sí. ¡Eso ha dicho!

(*Y salta Adelaida, indignadísima, arrolladoramente:*)

ADELAIDA.—¡Maleducado!

ROSALÍA.—¡Oh!

JORGE.—¡Adelaida!

ADELAIDA.—¡Sí! ¡Maleducado! ¡Maleducado!

JORGE.—(*Consternado*) ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

ADELAIDA.—¡Una buena bofetada es lo que se merece! ¡Vamos! Conque al caballero le da asco todo lo que le rodea. ¡Y lo dice precisamente cuando se encuentra entre su mujer y sus mejores amigos!

ROSALÍA.—¡Adelaida! ¡Cálmate!

ADELAIDA.—¡Qué poca delicadeza!

ROSALÍA.—¡Dios mío! Si no lo veo, no lo creo...

(*Adelaida acude junto al doctor y se sienta, en el otro sillón, a su lado, dramáticamente confidencial*)

ADELAIDA.—¡Doctor! ¿Ha oído usted?

EL DOCTOR.—¡Señora!

ADELAIDA.—¡Dice que quiere cambiar de vida! ¡Él! ¡Ernesto Luján! ¡El hombre que todo lo tiene! ¡Un auténtico privilegiado! ¿Qué le parece? ¡Ah, no, hijito! ¡No puede ser! Esa pretensión es absolutamente inmoral. Tienen derecho a eso, a desear una vida nueva, los otros, los pobres, los tristes, los desamparados, los que sufren. ¡Pero él! ¡Ah, no! Él, no. ¡Pues no faltaría más!

(*Rosalía y Jorge van y se plantan uno a cada lado de Ernesto*)

JORGE.—¡Ernesto!

ROSALÍA.—¿Serás capaz?

JORGE.—¿Lo has pensado bien?

ROSALÍA.—¿Estás decidido?

ERNESTO.—(*Con violencia*) ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Me siento capaz, estoy decido y lo he pensado muy bien. ¡Voy a quedarme sin un céntimo! ¡Quiero volver a empezar! ¡Quiero que todos volvamos a empezar!

JORGE.—¿Todos?

ERNESTO.—¡Sí! Todos, todos...

JORGE.—(*Aterrado*) ¿Yo también?

ERNESTO.—¡Sí!

JORGE.—(*Asustadísimo*) ¡Ah, no! Eso sí que no. ¡Me niego! ¡Me niego!

ERNESTO.—¡Jorge! Esto significa la libertad. ¿Es que no quieres ser libre?

JORGE.—(*Indignadísimo*) ¿Quién? ¿Yo? Pero, hombre, ¿y para qué quiero yo ser libre?

(*Adelaida se yergue con entusiasmo*)

ADELAIDA.—¡Muy bien dicho! ¡Así se habla!

ERNESTO.—¡Hum!

ADELAIDA.—(*Furiosa*) ¡¡Rosalía!!

ROSALÍA.—(*Con sobresalto*) ¡Ay! ¿Qué?

ADELAIDA.—Habla tú. Di algo. ¡Vamos! Pero ¿es que tú no tienes nada que decir?

ROSALÍA.—(*Candorosamente*) ¡Mujer! ¿Qué va a decir una?

ADELAIDA.—(*Gritando*) ¡¡Rosalía!! ¡Que te doy un cachete!

ROSALÍA.—¡Ay!

JORGE.—(*Muy sensato*) Calma, calma. Yo creo que...

ADELAIDA.—¡Tú te callas!

JORGE.—¡Hum!

(*Adelaida prosigue en su mundo*)

ADELAIDA.—¡Dios mío! ¡Dice que quiere volver a empezar! Pero ¿por qué? ¿Es que es necesario volver a empezar? ¡Si lo pasamos todos tan ricamente!

JORGE.—¡Toma! Eso digo yo...

ADELAIDA.—¿Por qué tiene que volver a empezar? ¿Por qué?

ERNESTO.—(*Casi angustiado*) Porque tengo miedo, Adelaida. ¿Es que no lo entiendes?

(*Todos se vuelven hacia él y se le quedan mirando atónitos*)

ADELAIDA.—¿Miedo?

JORGE.—¿Miedo tú?



ROSALÍA.—¡Ah! Entonces es eso. ¿Es que estás asustado?

*(Rosalía da unos pasos hacia Ernesto y le mira fijamente. Él le devuelve la mirada. Es una mirada larga, intensa)*

ERNESTO.—Sí, Rosalía. Estoy asustado, muy asustado. Pienso que he ido demasiado lejos...

ROSALÍA.—Ya. ¿Y por eso estás dispuesto a renunciar?

ERNESTO.—¡Sí! Por eso...

*(Callan los dos, mirándose. Y ahora Rosalía, muy resuelta:)*

ROSALÍA.—Bueno. Pero que yo me entere. ¿Vas a renunciar a todo?

ERNESTO.—*(Muy firme)* Sí, Rosalía. ¡A todo!

*(Un silencio. Los dos se están mirando como en un diálogo mudo. Y al fin, ella, indignada:)*

ROSALÍA.—¡Ah, no! Pues eso sí que no...

ERNESTO.—*(Impaciente)* ¡Hum! ¡Rosalía!

ROSALÍA.—*(Resueltísima)* ¡Quia! Ni lo sueñes...

ERNESTO.—Rosalía, Rosalía...

ROSALÍA.—¡Ca! He dicho que no y no. ¡Vamos! Pues tendría gracia...

ERNESTO.—*(A punto de estallar)* ¡Rosalía!

ROSALÍA.—Que no, que no y que no...

ERNESTO.—¡Rosalía! ¡Cállate!

ROSALÍA.—*(Muy flamenca)* ¡No me da la gana!

ERNESTO.—¡¡Rosalía!!

JORGE.—*(Sensatamente)* Pues, chico, ¿qué quieres? Yo creo que mi mujer tiene razón.

*(Ernesto se revuelve irritadísimo)*

ERNESTO.—¡Jorge! ¿Qué estás diciendo?

ADELAIDA.—*(Con muchísima energía)* ¡Sí, señor! Rosalía tiene razón, toda la razón...

ERNESTO.—¡Oh, Adelaida, Adelaida!

*(De pronto, Rosalía se planta ante Ernesto y le increpa furiosa)*

ROSALÍA.—¡Cobarde!

JORGE.—(*Con entusiasmo*) ¡Bravo!

ERNESTO.—¡¡Rosalía!!

ROSALÍA.—¡Sí! Eres un cobarde, como todos los hombres. Un cobarde que cuando ya tiene todo lo que ha deseado, incluso lo que más le ha costado conseguir, se asusta y tiene miedo...

JORGE.—¡Bravo! ¡Bravísimo!

ERNESTO.—Cállate, Jorge...

ADELAIDA.—(*Indignada*) ¡Cállate tú! ¡Egoísta!

ERNESTO.—(*Gritando*) ¡¡Adelaida!!

ADELAIDA.—¡Sí! ¡Egoísta! Eso es lo que eres tú. Un grandísimo egoísta que, porque se siente atacado por un absurdo complejo intelectual, está dispuesto a hacernos desgraciados a todos...

ROSALÍA.—¡Naturalmente!

JORGE.—Pues claro que sí...

*(Rosalía y Adelaida, las dos a un tiempo, se vuelven, irritadísimas)*

LAS DOS.—¡A callar!

JORGE.—(*Apabullado*) Bueno, bueno...

*(En este momento Adelaida y Rosalía están frente a frente. Y las dos muy cariñosas)*

ROSALÍA.—¡Adelaida! ¡Discúlpame! Quizá he ido demasiado lejos. Pero es que como tengo este genio...

ADELAIDA.—(*Generosamente*) Calla, calla, mujer. Eres muy dueña...

ROSALÍA.—¡Gracias!

ADELAIDA.—De nada, tontita... (*Una transición, trastornadísima*) ¡Dios mío! Estábamos pasando un rato tan agradable. Los «martinis» habían salido maravillosos. Después de cenar nos hubiéramos ido a pasar la velada a un «tablao», como Dios manda. Y de pronto... (*Se vuelve hacia Ernesto furiosa*) ¡Ernesto! Pero ¿es que no has calculado ni por un minuto las consecuencias de tu decisión? ¿Qué va a pasar ahora?

ERNESTO.—¿Ahora? Es muy sencillo. Mañana el Consejo de Administración elegirá un nuevo presidente. Y a partir de ese instante yo seré un hombre libre.

ADELAIDA.—¡Soberbio! ¿Y después?

ERNESTO.—¿Después...? Mira, de momento, me gustaría escapar de Madrid. ¡Vivir en una provincia!

ADELAIDA.—(*Irónica*) ¿En invierno también? ¡Qué bonito!

ERNESTO.—¡Hum! Por favor, Adelaida...

ADELAIDA.—¡Ah! No cabe duda de que resultaría encantador. Y muy poético, ¿verdad? Bien. Pero ¿y yo?

ERNESTO.—¿Tú? ¿Qué quieres decir? No entiendo.

ADELAIDA.—Pues está clarísimo, hijito. ¿Qué va a ser de mí en esta nueva situación que se plantea con tu retirada de los negocios, la ruina y todo lo demás? Porque ahora va a suceder algo que tú seguramente no has previsto: a partir de mañana mismo, desde el momento en que dejes de ser el señor presidente, tú, Ernesto, Ernesto Luján, el hombre importante, el magnate, el poderoso, te convertirás en un don nadie. ¿Te enteras, cariño? Un pobre señor, sin una peseta, que en los ratos libres lee el *Quijote*. Y yo, Adelaida, tu mujer, una dama que hoy es mimada y halagada en todo Madrid, precisamente por eso, porque soy la mujer del hombre que todo lo puede, me convertiré en una pobre señora, pelma, chiflada y tonta, una de esas pobres mujeres que no importan nada porque tienen un marido ineficaz y absurdo, sin influencias, sin dinero y sin relieve, y a las que todo el mundo se quita de encima como puede. Porque, claro está, desde mañana, los mimos, los halagos, las invitaciones, los ramos de flores, las palabras bonitas, las fotografías en los periódicos y hasta los piropos serán para la mujer del nuevo presidente, que a lo mejor es –no quiero pensarlo– esa gorda estúpida que se llama Asunción Mendoza...

ERNESTO.—¡Adelaida!!

ADELAIDA.—(*Con una arrogantisíma rebeldía*) ¡Ah, no! ¡No y no! ¡De ningún modo! ¡Ca! ¡No lo permitiré! Pues no faltaría más sino que porque el buen señor sienta de pronto esos misteriosos y ridículos complejos de millonario que se aburre, yo, Adelaida, su mujer, me despidiera de una vida que me encanta, que me divierte muchísimo y que me hace pasar los días tan feliz y tan contenta. ¡Oh, no! Yo soy como soy, amor mío. Y no olvides que soy como tú me has hecho. Esta vida que a ti ahora, no sé por qué, te repugna, a mí me parece fascinante. Algo ideal. Un sueño. Me gustan las fiestas de postín; los amigos ingeniosos y divertidos; me gusta presidir la mesa en una cena con gente importante; me gustan los estrenos, los cócteles y los «colmaos» de madrugada con extranjeros y cante flamenco. Me gusta recibir en mi casa y ser bien recibida en la de los demás. Me gusta deslumbrar, ¿sabes? Me gusta que me envidien y que me admiren. ¡Ah! Y por nada del mundo estoy

dispuesta a renunciar a todo eso tan maravilloso, tan fantástico y tan bonito.  
¡Oh, no! No quiero, no quiero...

ERNESTO.—¡Adelaida! ¡Adelaida!

ADELAIDA.—¡Calla! ¡No me repliques! Terco, tozudo, frívolo, egoísta...

ERNESTO.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

ROSALÍA.—¡Ernesto!

*(Ernesto se vuelve vivamente irritado hacia Rosalía)*

ERNESTO.—¿Qué quieres tú?

ROSALÍA.—*(Dolorosamente)* ¡Ernesto! Escucha. Para mí esta retirada tuya es una catástrofe...

ERNESTO.—*(Atónito)* ¿De veras? ¿Para ti también?

ROSALÍA.—¡Huy! Cómo te lo contaría yo. Mira, desde hace muchos años, a Jorge y a mí se nos recibe en las mejores casas de Madrid. Nos llaman, nos invitan, nos agasajan, nos consideran. Pero ¿por qué es todo eso? Pues porque todo el mundo sabe que mi marido y yo somos los más íntimos amigos de los Luján. Figúrate tú que el otro día en el almuerzo de los príncipes de Hodlem-Badem<sup>12</sup> a Adelaida y a mí nos sentaron en la mesa una a cada lado del príncipe...

ADELAIDA.—¡Ay, hijita! Es que ese príncipe es un experto...

ROSALÍA.—En los círculos intelectuales, ¿qué voy a decirte? Me tratan con tanto afecto, con tanto cariño, con tanta curiosidad. Ayer, en el Ateneo, en la conferencia de ese francés que habló sobre la revolución de mayo<sup>13</sup>, me sentaron en la presidencia...

ERNESTO.—¡Hum!

ROSALÍA.—¡Digo! ¡Y hasta me aplaudieron y todo!

ADELAIDA.—*(Muy suya)* ¡Ea! Para que luego digan que los intelectuales españoles no están al día...

ROSALÍA.—¡Dios mío! Pero si hasta en el ropero de las Damas Cristianas...

*(Jorge se vuelve de pronto, con mucha curiosidad)*

JORGE.—¡Hola! ¿Qué ha pasado en el Roperero?

<sup>12</sup> *Hodlem-Badem*: título nobiliario inventado, que suena a alemán o austriaco.

<sup>13</sup> *Revolución de mayo*: mayo del 68.

ROSALÍA.—¡Toma! Pues que a Adelaida la han nombrado presidenta y a mí vicepresidenta...

JORGE.—(*Muy complacido*) ¡Caramba! No sabía. ¡Enhorabuena!

ROSALÍA.—Gracias, cielo. (*Y se vuelve otra vez hacia Ernesto*) Pero, claro, todo eso se acabará el día en que Ernesto Luján deje de ser el gran Ernesto Luján que todos temen y admiran. Entonces, ese día, a mí me retirarán el saludo los príncipes de Holdem-Badem, los intelectuales del Ateneo, y hasta las damas del Roper...

ADELAIDA.—¡Dios mío! ¿Qué va a ser de esta criatura?

JORGE.—¡Pobre Rosalía!

ROSALÍA.—(*Suplicante*) ¡Ernesto! Piensa un poco. Recapacita. Vuelve en ti. No abandones una situación que tanto te ha costado conquistar. Mira que a tu alrededor somos todos tan felices... (*Ella está ante Ernesto. Un gran silencio durante el cual él mira largamente. Luego, vuelve el rostro, da unos pasos y se aleja. Ella reacciona como si hubiera recibido una bofetada*) ¡Estúpido!

JORGE.—(*Muy prudente*) ¡Rosalía! ¡Que te disparas otra vez!

ROSALÍA.—(*Furiosa*) ¿Y a ti qué te importa?

JORGE.—¡Mujer!

ROSALÍA.—Estúpido, estúpido...

ADELAIDA.—¡Ah, hijita! Eres pico de oro...

(*Un debilísimo silencio. Y ahora, habla Jorge con dolorosa solemnidad*)

JORGE.—Bien. Pues, ¿sabéis lo que os digo? ¡Que comprendo muy bien vuestra indignación por la parte que a cada una os toca! Pero, de todos modos, reconoceréis que si Ernesto deja de ser presidente y lo abandona todo y se arruina y lleva adelante sus propósitos de emprender una vida nueva, el más perjudicado soy yo...

(*Adelaida, Ernesto y Rosalía se vuelven vivamente hacia Jorge*)

ERNESTO.—¿Cómo?

ADELAIDA.—¿Tú?

JORGE.—(*Francamente indignado*) Pues, naturalmente, hombre, naturalmente...

ROSALÍA.—¡Oh!

JORGE.—Lo que pasa es que las mujeres solo pensáis en vosotras mismas. ¡Qué caramba! Pero, en mi lugar os quisiera yo ver...

ADELAIDA.—¡Hijito! No se me había ocurrido...

JORGE.—¡Ah! Yo no estoy ciego. ¡Ca! Ni mucho menos. Durante estos años he podido observar –y no ha sido muy difícil, después de todo– que no le soy simpático a la gente...

ROSALÍA.—(*Ofendida*) ¡Ah! ¿No?

JORGE.—¡No! Y ya ves tú, precisamente desde aquel día en que me mandaste a Holanda...

ADELAIDA.—¡Jesús! ¡Qué recuerdo!

JORGE.—Yo sé que en el alto estado mayor que rodea a Ernesto Luján, en su despacho de presidente, la protección que el gran jefe me dispensa ha provocado envidias, recelos, rencores, ¿y por qué no decirlo?, hasta odios...

ROSALÍA.—¿De veras?

JORGE.—¡Sí!

ROSALÍA.—¡Dios mío! Pero, qué poca moral tiene la gente...

JORGE.—Allí, en el rascacielos, entre tantos intereses cruzados y tantas ambiciones encontradas, no me quieren. Lo sé. Para todos soy un protegido, un irritante protegido que disfruta de una posición privilegiada por un puro capricho de Ernesto Luján. Para mis enemigos, que son muchos, mi trabajo, mi competencia, mis desvelos a lo largo de todos estos años, no cuentan, no importa nada. Y, claro, mañana habrá llegado su momento. Estoy segurísimo de que, si tú te vas, la primera decisión que tomará el nuevo presidente será ponerme de patitas en la calle...

ROSALÍA.—(*Alarmadísima*) ¡Jorge! ¿Tú crees?

JORGE.—¡Oh! Estoy tan seguro...

ADELAIDA.—Jesús, Jesús...

JORGE.—¡Anda! Y mañana mismo, apenas Ernesto plantee su dimisión, habrá personas en aquella casa que, al cruzarse conmigo en los pasillos y en los despachos, ya no me saludarán...

ADELAIDA.—¡Jorge!

JORGE.—¡Digo! Ya estoy viendo a tu secretaria, que me detesta, que se me quedará mirando y me dirá con toda ingenuidad: ¡Oiga! ¡Don Jorge! ¿Y ahora qué va usted a hacer, pobrecito?

(*Adelaida y Rosalía se excitan muchísimo*)

ADELAIDA.—¿De veras? ¿Será capaz esa pécora?

JORGE.—¡Huy! ¡Seguro!

ROSALÍA.—¡Maldita sea su estampa! La muy zorra...

ADELAIDA.—¡Bruja! ¡Lagarta!

ROSALÍA.—¡Dios mío! Pero qué mala es esa chica...

JORGE.—(*Un dramático suspiro*) En fin, querido Ernesto, esta es la situación. No quiero ocultarte nada. Si tú abandonas, si te retiras, si renuncias a tu influencia en el rascacielos, yo estoy perdido. ¿Qué digo perdido? Arruinado, sencillamente arruinado. Me temo que en un futuro no muy lejano, volveré a ocupar, en una mala oficina, cualquier despachito con una ventana al patio...

(*Rosalía, emocionadísima, va hacia Jorge y le abraza*)

ROSALÍA.—¡No! ¡Eso no!

JORGE.—¡Oh! Ya verás, ya verás...

ROSALÍA.—¡Jorge! ¡Mi vida! ¡No quiero oírte hablar así!

(*Adelaida, conmovidísima, marcha hacia Ernesto*)

ADELAIDA.—¡Ernesto! ¿Has oído? ¡Y serás capaz de arruinar la carrera de Jorge por un capricho, por una decisión absurda y ridícula?

(*Rosalía va también hacia Ernesto, suplicante*)

ROSALÍA.—¡Ernesto! Piensa lo que haces. Ya no te lo pido por mí. Es por mi marido...

JORGE.—¡Ernesto! Yo no sé qué decirte. Pero si pudieras hacer un esfuerzo y seguir adelante. ¡Que todo siga igual!

(*Ernesto le mira aterrado*)

ERNESTO.—¿Qué estás diciendo? ¡Que todo siga igual! Pero, Jorge, ¿y eres tú, precisamente tú, el que me lo pide?

JORGE.—(*Con indignación*) Pero, hombre, ¿y por qué no?

ERNESTO.—Entonces, ¿es que no se puede hacer nada? ¿Es que hay que seguir adelante, sin variar el rumbo, pase lo que pase? ¿Es que no hay salvación para nadie? ¿Es que de todos modos tengo que seguir siendo un canalla?

(*Adelaida y Jorge, indignados, reaccionan a un tiempo*)

ADELAIDA.—¡Y dale! ¡Qué manía!

JORGE.—Hombre, no. ¡Protesto! ¡Tú qué vas a ser un canalla! ¡Que me lo pregunten a mí!

ERNESTO.—(*Con rabia*) ¡¡Cállate!!

ADELAIDA.—¡Ernesto!

(*Ernesto avanza hacia Jorge mirándole fijamente, desesperado*)

ERNESTO.—¡Jorge! Pero ¿tan ciego, tan ciego estás? ¿Es que no comprendes que todo es por ti?

JORGE.—¿Por mí?

ERNESTO.—¡Sí!

JORGE.—(*Pálido*) ¡Ernesto! ¿Qué quieres decir? ¡Tú estás loco!

(*Ernesto le toma por las solapas y le zarandea*)

ERNESTO.—¡Jorge! ¡Abre los ojos! ¡Despierta! ¿Es que no lo sabes? ¿Es que te lo tendré que decir yo...?

(*Jorge, blanco, con un atroz estremecimiento, con la voz rota y a punto de echarse a llorar*)

JORGE.—¡¡Cállate!! ¡No me digas nada! ¿Me oyes? ¡Nada! No quiero saber nada, nada...

(*Ernesto se ha queda inmóvil, aterrado, estupefacto. Le suelta*)

ERNESTO.—¡Jorge! Pero entonces, tú, tú...

JORGE.—¡No quiero! ¡No quiero!

ERNESTO.—(*Hundido*) ¡¡Jorge!!

(*Y, de pronto, a Ernesto se le doblan las rodillas y cae desplomado en el sofá. Adelaida y Rosalía, sobresaltadísimas, gritan y van hacia él*)

LAS DOS.—¡Ayyy...!

JORGE.—(*Atónito*) ¡Ernesto!

(*Ellas chillan, muy asustadas*)

ADELAIDA.—¡Ernesto!

ROSALÍA.—¡Ernesto!



ADELAIDA.—¡Se ha desmayado...!

ROSALÍA.—¡Síiii...!

ADELAIDA.—¡El corazón!

ROSALÍA.—¡Cuidado!

ADELAIDA.—¡Un médico! ¡Hay que llamar a un médico!

ROSALÍA.—¡Pronto! ¡Un médico!

OSCURO

*(El oscuro es brevísimo. Cuando vuelven las luces, Ernesto ha desaparecido y en escena se hallan, El doctor, Adelaida, Rosalía y Jorge en la misma actitud en que estaban cuando Adelaida inició su relato. Un silencio)*

EL DOCTOR.—¡Hola! Conque fue así...

ADELAIDA.—¡Sí! Así fue...

ROSALÍA.—Así, así...

JORGE.—Así mismo...

EL DOCTOR.—¡Je!

ADELAIDA.—¡Doctor! Y ahora, que ya lo sabe usted todo, ¿qué piensa usted? ¿Está loco o no está loco un hombre que se comporta de ese modo?

EL DOCTOR.—¡Señora! ¿Qué puedo decirle? En el mundo hay muchos hombres que todos juntos quieren hacer la revolución. Pero, de vez en cuando, surge por ahí alguien que quiere hacer su revolución, su propia revolución. ¡Je! Esos son los locos...

ADELAIDA.—¿De veras?

EL DOCTOR.—¡Je!

ADELAIDA.—*(Resueltísima)* ¡Ah, doctor! Entonces no es preciso que me diga nada más. Sé muy bien cuál es mi deber. Si mi marido no puede vencer esas ideas monstruosas que se le han metido en la cabeza, mañana, mañana mismo, llamaré al psiquiatra...

*(Marcha hacia el chaflán. Rosalía la sigue)*

ROSALÍA.—*(Muy conmovida)* ¡Dios mío! ¡Pobre Adelaida!

*(Salen las dos)*

EL DOCTOR.—¡Je!

*(Jorge va hacia El doctor, confidencial)*

JORGE.—¡Doctor! Entre nosotros, con toda confianza, ¿qué piensa usted?

*(El doctor se vuelve hacia Jorge y le mira largamente)*

EL DOCTOR.—¡Je! ¿Y usted?

JORGE.—*(Inmóvil)* ¿Cómo?

EL DOCTOR.—¿Qué piensa usted de todo esto, señor Aguirre?

JORGE.—*(Casi pálido)* ¿Quién? ¿Yo? ¡Hola! ¿Y por qué yo? ¿Por qué me pregunta usted eso a mí precisamente, vamos a ver?

EL DOCTOR.—¡Je!

JORGE.—*(Irritadísimo)* ¡Oiga! ¡Usted está chiflado!

EL DOCTOR.—*(Sulfurado)* ¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

*(Jorge, de cara a la entrada de la terraza, enmudece. Un segundo después, por allí aparece Ernesto. Se queda mirando a Jorge. Avanza, muy despacio, hacia él sin dejar de mirarle. Ya están frente a frente. Un silencio)*

JORGE.—*(Inquieto, turbado)* ¡Ernesto! ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

ERNESTO.—*(Todavía un silencio)* Eres muy ambicioso, ¿verdad, Jorge?

JORGE.—*(Estupefacto)* ¿Quién? ¿Yo? Pero, ¿por qué me preguntas eso ahora?

ERNESTO.—Tú lo deseas todo. El poder, el dinero, todo, todo. ¿No es así?

JORGE.—Pero, Ernesto...

ERNESTO.—*(Seco, duro, en voz baja)* Vete, Jorge.

JORGE.—¿Cómo?

ERNESTO.—Vete. ¡Déjame! Te lo suplico...

JORGE.—Pero no comprendo, Ernesto...

ERNESTO.—¡¡Vete!!

*(Un corto silencio)*

JORGE.—Está bien. Si tú lo quieres, me iré. Pero, naturalmente, después me darás una explicación...

*(Se va por el chaflán. Quedan solos Ernesto y El doctor, que se miran en silencio)*

EL DOCTOR.—¡Je!

ERNESTO.—¿Ya lo sabe usted todo, doctor?

EL DOCTOR.—Casi todo...

*(Los dos bajan la cabeza. Ernesto da unos pasos)*

ERNESTO.—¡Doctor! Hace una hermosa noche de primavera. Nuestro pequeño jardín está radiante a la luz de la luna. Hace un momento he sorprendido a la doncella y al chófer besándose en el rincón de los rosales. ¡Ea! ¿Qué le parece? A veces, la vida es así de bonita, ¿verdad? *(Piensa algo)* Pero no se puede deshacer el nudo. No se puede volver a empezar. No se puede retroceder, no se puede. La vida no lo permite. Y después de todo, quizá sea eso lo justo, ¿no cree usted?

EL DOCTOR.—¡Je!

ERNESTO.—El castigo está en seguir, en tener que seguir a pesar de todo; adelante, siempre adelante, pase lo que pase...

*(Un silencio. Y, tumultuosamente, surgen Rosalía y Adelaida por el chaflán. Y tras ellas, Jorge)*

ROSALÍA.—*(Muy brava)* ¡Ernesto! ¿Qué le has hecho a mi marido?

ADELAIDA.—¡Ernesto! ¿Qué dice Jorge? ¡El pobre Jorge!

*(Ernesto alza la frente y sonríe mirando a Jorge)*

ERNESTO.—Es verdad. ¡El pobre Jorge! *(Da unos pasos. Se deja caer entre los almohadones del sofá. Con otro tono)* ¡Adelaida! Vosotros teníais razón. ¡Toda la razón! Esta noche sin saber cómo ni por qué me he portado como un loco...

*(Adelaida, Jorge y Rosalía, atónitos, se miran entre sí y se agitan gozosamente)*

LOS TRES.—¿Cómo?

ADELAIDA.—¡Cariño!

ROSALÍA.—¡Ernesto! ¿Qué dices?

JORGE.—Muchacho...

ERNESTO.—¿Qué me ha pasado? No lo sé. Pero la verdad es que ahora pienso en ese hombre absurdo que he sido durante estas horas y no me reconozco... ¡Je! Bueno. Quizá la locura es eso, simplemente, la llegada del otro<sup>14</sup>...

*(Adelaida, Rosalía y Jorge ya están rodeando a Ernesto, sentado en el sofá. El doctor está junto a la entrada de la terraza)*

ADELAIDA.—¡Amor mío! Entonces, ¿estás bien? ¿Te encuentras bien?

ERNESTO.—Muy bien, Adelaida.

ADELAIDA.—¿No volverás a tener esas ideas disparatadas?

ERNESTO.—¡Oh, no!

ADELAIDA.—¿No intentarás desprenderte de tu dinero?

ERNESTO.—¡No!

ROSALÍA.—¡Ernesto! ¿Todo seguirá igual?

ERNESTO.—Todo, Rosalía...

ROSALÍA.—¡Oh!

JORGE.—*(Con un suspiro de alivio)* ¡Gracias a Dios!

ADELAIDA.—¡Dios mío! ¡Por fin! Es maravilloso oírte hablar así...

ERNESTO.—¡Adelaida! ¡Mi pobre Adelaida!

ROSALÍA.—¡Ernesto! ¡Cariño!

ERNESTO.—¡Je! ¡Rosalía!

JORGE.—¡Ernesto! ¡Qué susto nos ha dado!

ERNESTO.—¡Jorge! Lo siento mucho. Tenéis que perdonarme. Os he tratado mal. Os he hecho sufrir estúpidamente...

JORGE.—*(Impulsivo)* ¿Quieres callar? Tú eres el que importa...

ROSALÍA.—¡Eso! Tú y nadie más que tú...

ADELAIDA.—¡Claro! ¿Quién lo duda, cariño?

ERNESTO.—*(Con una repentina fatiga)* ¡Je! Probablemente, todo esto ha sucedido porque estoy cansado, muy cansado...

*(Adelaida, Rosalía y Jorge, cariñosísimos, se agitan a un tiempo)*

ADELAIDA.—¡Naturalmente! ¡Porque trabajas demasiado!

ROSALÍA.—¡Es verdad! ¡Todo el mundo lo dice!

<sup>14</sup> *La llegada del otro*: en este indefinido «otro» hay ecos del personaje que es proyección y contrario de uno mismo, que estaba presente en el drama de Unamuno *El otro* o en la comedia de Luca de Tena *¿Quién soy yo?*

JORGE.—¡Ernesto! ¿Qué te digo yo? ¿Qué te he dicho muchísimas veces? Trabajas como un forzado. ¡Y tienes que descansar! ¿Por qué no te tomas unas vacaciones?

ROSALÍA.—¡Eso! ¡Una temporada a la orilla del mar!

JORGE.—¡O al campo! ¿Por qué no te vas al campo?

ADELAIDA.—¡Quia! El campo es malísimo...

JORGE.—¿Tú crees?

ADELAIDA.—¡Nos iremos a París!

ROSALÍA.—¿A París?

ADELAIDA.—¡Sí! ¡A París! ¡Oh, París, París en primavera!

*(Ernesto sonrío)*

ERNESTO.—Está bien, Adelaida. Si ese es tu gusto, iremos a París...

TODOS.—*(Contentísimos)* ¡Bravo! ¡Bravo!

ADELAIDA.—¡Oh, amor mío! ¡Va a ser estupendo! Ya verás.

ROSALÍA.—¡A París!

JORGE.—¡A París!

*(Ernesto se vuelve y, muy despacio, se queda mirando a Jorge, sonriendo)*

ERNESTO.—Por cierto, Jorge...

JORGE.—Dime, Ernesto.

ERNESTO.—Tengo una idea.

JORGE.—¡Hola! ¿Y qué idea es esa?

ERNESTO.—Verás. Para consolidar de una vez, definitivamente, tu situación personal en mis negocios...

*(Un levísimo silencio. Jorge, en tensión, casi sin voz)*

JORGE.—¿Sí?

ERNESTO.—¡Je! Mañana, mañana mismo, ¿sabes?, haré que el Consejo de Administración te nombre vicepresidente...

*(Jorge se queda inmóvil poseído por una gozosa angustia)*

JORGE.—¿Cómo? ¿Vicepresidente? ¿Yo, vicepresidente?

ROSALÍA.—*(Emocionadísima)* ¡Jorge!

ERNESTO.—De ese modo, mientras yo esté ausente, tú ocuparás mi despacho en el rascacielos. Tú serás como yo mismo: el dueño, el jefe. Tendrás el poder, todo el poder...

JORGE.—¡Ernesto!

ERNESTO.—¡Je! ¿Estás contento, Jorge?

JORGE.—¡Dios mío! Pero, ¿eso es verdad? ¿No estoy soñando? ¿Yo el vicepresidente? ¿Yo? *(Se vuelve vivamente)* ¡Rosalía! ¿Has oído?

ROSALÍA.—¡Jorge! ¡Mi vida! ¡Por fin!

JORGE.—¡Adelaida!

ADELAIDA.—¡Querido Jorge! ¡Enhorabuena! Estoy segura de que serás un vicepresidente encantador...

JORGE.—¡Dios mío! ¡Yo, vicepresidente! Pero si este era mi sueño... *(Cae en un sillón. Está gozosamente trastornado, emocionadísimo, casi fuera de sí)* ¡Vicepresidente! ¡Yo! ¡Vicepresidente!

ROSALÍA.—¡Jorge!

ADELAIDA.—¡Pobrecito! Se ha emocionado...

*(De pronto, Jorge en una transición, con un coraje nuevo en él)*

JORGE.—¡Oh! Me gustaría saber qué dicen ellos ahora...

ROSALÍA.—¿Ellos...?

ADELAIDA.—¿Quiénes?

JORGE.—*(Airado)* ¿Quiénes van a ser? ¡Ellos! ¡Los demás! ¡Todos! ¡El mundo entero! Los que hablan, los que dicen, los que murmuran. ¡Canallas!

ROSALÍA.—¡Jorge!

ADELAIDA.—Pero, Jorge...

*(Jorge alza la frente y ve ante sí al doctor, que le mira con mucha curiosidad)*

JORGE.—¡Doctor!

EL DOCTOR.—¡Je!

JORGE.—Es la envidia, ¿sabe? ¡La envidia! Vivimos en un mundo ruin y ambicioso que no perdona el éxito. Es como un insulto. De pronto, un hombre brillante, trabajador, ambicioso, un hombre que se lo debe todo a sí mismo, triunfa. ¿Y qué ocurre? ¿Cómo acogen los demás ese éxito que no es más que el resultado de toda una vida de esfuerzos y de desvelos? Pues, ni más ni menos, como una ofensa personal. ¡Ah! ¿Y qué se puede hacer entonces? ¡Oh! ¡La calumnia! ¡Queda la calumnia! El arma más grosera y más sutil a la

vez. ¡La más poderosa! La calumnia que empequeñece, que ridiculiza, que arruina, que mata. De aquel que ha llegado a lo más alto se dice de pronto que hace veinte años cometió una estafa. ¡Ah! Es mentira, ¿sabe? Pero, sin embargo, se dice, se dice, se dice y ya está: ese es un estafador. ¿Comprende usted? De otro se dice porque sí, solo porque sí, que es un invertido. ¡Oh! ¡Doctor! Y entonces, ya está: es un invertido. Nadie se atreve a discutirlo. ¡Resulta tan pintoresco! Míralo, ahí está. Ahí va ése. Es un invertido. ¡Qué gracioso! ¿Verdad? ¡El muy hipócrita intenta hacernos creer que le gustan las mujeres! ¡Oiga! Y es verdad, doctor. ¡Le gustan las mujeres! Pero es inútil. Ya para siempre, para siempre, ese es un invertido... (*Y ahora con un coraje redoblado*) Naturalmente, y todavía puede decirse algo más de un hombre que triunfa: ¡que su mujer le pone los cuernos!

EL DOCTOR.—¡Oiga!

JORGE.—¡Sí! Los cuernos, los cuernos...

EL DOCTOR.—Cálmese, señor Aguirre...

ROSALÍA.—(*Angustiadísima*) ¡Jorge! ¡Amor mío!

ADELAIDA.—¡Hijito!

JORGE.—¡Los cuernos! ¿Comprende usted, doctor? Y ahí queda él, el triunfador, envuelto en el más atroz de los ridículos, rodeado de todas las burlas, acosado por miles de sonrisas irónicas, perseguido, acorralado...

ROSALÍA.—¡Jorge!

JORGE.—¡Es la envidia! ¡La envidia! (*De pronto se yergue, en una transición, con una atroz firmeza*) ¡Ah, no! Pero conmigo no podrán. ¡No! ¡Lo juro! Yo seguiré adelante. Yo no retrocederé ante la calumnia. Yo soy más fuerte que todos ellos, porque yo sé, ¿me oye usted?, yo sé que todo es mentira. ¡Una mentira sucia y absurda! ¡Yo sé que Rosalía me quiere! (*Se vuelve hacia ella y la mira con toda su alma*) Es mía, mía nada más. ¡Mía! ¿No es verdad, Rosalía?

(*Rosalía da un paso hacia él y luego, impetuosamente, se esconde entre sus brazos*)

ROSALÍA.—¡Amor mío!

JORGE.—¡Rosalía! ¡Mi Rosalía!

ROSALÍA.—Tú no sabes cómo te quiero, Jorge. Tú nunca, nunca llegarás a comprender todo lo que yo sería capaz de hacer por ti...

(*Un silencio. El doctor y Ernesto se miran fijamente. Adelaida suspira*)

ADELAIDA.—¡Cariño! ¿No estás un poquito emocionado? ¿Verdad que esto resulta conmovedor?

ERNESTO.—¡Je!

*(En este momento Rosalía se desprende de Jorge. Él todavía está turbado, impaciente, con un gozoso desasosiego)*

JORGE.—Vámonos, Rosalía...

ROSALÍA.—¡Sí! ¡Vámonos!

JORGE.—Tengo que descansar, ¿sabes? Mañana será un día muy duro, de mucho trabajo. ¡Figúrate! ¡Mi primer día de vicepresidente! ¿Te das cuenta?

ROSALÍA.—¡Cariño!

JORGE.—Buenas noches, Ernesto.

ERNESTO.—Buenas noches, Jorge.

JORGE.—¡Adelaida!

ADELAIDA.—¡Hijito!

JORGE.—¡Doctor!

EL DOCTOR.—¡Je! Buenas noches...

JORGE.—Vamos, Rosalía. ¡Mañana vicepresidente! Por fin, vicepresidente...

ROSALÍA.—Es maravilloso, ¿verdad?

JORGE.—¡Vicepresidente! ¡Nada menos! ¡Yo! ¡Figúrate!

*(Salen los dos por el fondo. Adelaida suspira)*

ADELAIDA.—¡Pobrecito! Se va tan emocionado...

*(Sale siguiendo los pasos de Rosalía y Jorge. Quedan en escena Ernesto y El doctor, que se miran en silencio)*

ERNESTO.—*(Bajo, angustiado, estupefacto)* ¡Doctor! Pero, entonces, ¿es que Jorge no lo sabe?

*(Un silencio. El doctor ahora está mirando el lugar por donde ha salido Jorge)*

EL DOCTOR.—No lo sé.

ERNESTO.—¡Oh!

EL DOCTOR.—¡Y quizá no lo sepamos nunca!



ERNESTO.—¡Doctor! En aquel momento, cuando creí que el mundo se hundía a mis pies, por un segundo yo leí en sus ojos que Jorge lo sabía...

*(El doctor le mira)*

EL DOCTOR.—¿Está usted seguro? ¡Oiga! ¿Y si lo que usted vio brillar en su mirada fue el miedo, el miedo nada más, el miedo a que lo que él cree una calumnia pueda arruinar su vida y su prosperidad? Es tan ambicioso...

ERNESTO.—¿Usted cree?

*(En la embocadura del fondo aparece Adelaida. El doctor al verla sonrío)*

EL DOCTOR.—Bien. Ya es tarde y usted no me necesita. Mañana pasaré por aquí un ratito, si no le importa, para ver cómo sigue ese corazón, que está un poquito cansado... Buenas noches, señora.

ADELAIDA.—Buenas noches, doctor.

EL DOCTOR.—Buenas noches, señor Luján.

ERNESTO.—Buenas noches, doctor. ¡Y gracias!

EL DOCTOR.—¡Bah! No se merecen...

*(Se va por el fondo. Adelaida sonrío muy maternal viéndole marchar)*

ADELAIDA.—Es simpático el viejecillo, ¿verdad?

ERNESTO.—¡Je!

ADELAIDA.—*(Muy contenta)* Oye. ¿Sabes que estoy decidida a pasarlo bien en París? ¡Oh! Ya verás. Iremos de tienda en tienda. A los teatros. A ese cabaret donde estuvimos la última vez y donde todo el mundo se portaba de aquella manera tan desvergonzada. Compraremos antigüedades en la Rue du Bac.<sup>15</sup> ¡Ah! Pero no volveremos al hotel de siempre: se ha quedado muy anticuado. Esta vez iremos a un hotelito chiquitín en la orilla izquierda que me han recomendado mucho... *(Se calla mirando a Ernesto, que se ha quedado ensimismado, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón y con los ojos cerrados)* Pero, Ernesto, cariño, ¿en qué estás pensando?

<sup>15</sup> Rue du Bac: calle parisina, distrito 7, que empieza en el Quai Voltaire.

*(Ernesto abre los ojos)*

ERNESTO.—No lo adivinarías jamás...

ADELAIDA.—¿De veras?

*(Adelaida se sienta en el otro sillón, junto a Ernesto, a la izquierda)<sup>16</sup>*

ERNESTO.—Estaba pensando en aquella muchacha maravillosa que, un día, hace muchos años, me trajo por primera vez a esta casa cogido de la mano...

ADELAIDA.—¿Es posible? ¿De eso te acuerdas ahora?

ERNESTO.—Sí, Adelaida...

ADELAIDA.—*(Sonríe)* ¡Dios mío! Éramos entonces tan jóvenes, tan jóvenes...

*(Se callan. Cada uno está mirando ante sí, a un punto indeterminado, recordando. Y de pronto la embocadura del fondo se ilumina con una viva luz dorada, como un sol de primavera. Y por allí surgen, envueltos en la luz, sin ruido, como dos fantasmas gráciles y alegres, El muchacho y La muchacha. Ella viste con gracia y recato. Él, muy compuesto. Los dos como era moda entre los jóvenes de hace treinta años. Ella le lleva de la mano y él se resiste a entrar)*

LA MUCHACHA.—¡Vamos! Pasa...

EL MUCHACHO.—¡Adelaida! ¿Tú crees que debo...?

LA MUCHACHA.—*(Indignada)* ¡Ernesto! ¡Hijo! Pero qué tímido te has vuelto de repente...

*(Adelaida y Ernesto no se han movido. Adelaida sonríe a sus recuerdos)*

ADELAIDA.—Yo era un poco loca, ¿verdad?

ERNESTO.—¡Je!

---

<sup>16</sup> Cuando son los esposos los que van a evocar, conjuntamente, una página de su pasado, que seguidamente se anima en la escena con la presencia de los dos MUCHACHOS, ambos se sitúan en los sillones de la izquierda, tan pegados al proscenio, que es el lugar de los relatores o evocadores a todo lo largo de la obra.

*(El muchacho avanza, siempre llevado por La muchacha, mirándolo todo con arrobo)*

EL MUCHACHO.—¡Chica! ¡Adelaida! Pero ¿aquí vives tú?

LA MUCHACHA.—¡Claro! Con papá y mamá...

EL MUCHACHO.—*(Trastornadísimo)* ¡Ay, madre mía! ¡Qué casa! ¡Qué lujo! ¡Qué postín! ¡Lo que vale todo...!

LA MUCHACHA.—*(Sonríe)* Oye. Entonces, ¿te gusta?

EL MUCHACHO.—¡Digo! ¡Que si me gusta! Me chifla. Pero, ahora mismo me largo...

ADELAIDA.—*(Sonriendo)* ¿Te acuerdas, Ernesto? Tú eras un pobre chico...

LA MUCHACHA.—¡Ernesto! Ven aquí. ¡No seas ridículo!

*(El muchacho vuelve muy asustado. Con un poquito de rencor)*

EL MUCHACHO.—Adelaida, ¿por qué me has engañado? ¿Por qué no me has dicho antes que vivías en una casa como esta? ¿Por qué no me has dicho que eres una chica rica?

LA MUCHACHA.—¡Anda! Porque te conozco. Porque si te lo cuento todo el primer día te escapas y no te vuelvo a ver más. ¡Que tú eres muy mirado, hijo!

*(Adelaida sonrío, como siempre, a sus pensamientos)*

ADELAIDA.—¡Naturalmente!

*(El muchacho, abrumado, se deja caer en el sofá y mira en torno, en medio de la mayor consternación)*

EL MUCHACHO.—Oye. ¿Tenéis coche?

LA MUCHACHA.—¡Hombre! Tenemos dos. Como todo el mundo. Un «Mercedes» y un descapotable inglés...

EL MUCHACHO.—¡Ay, madre mía!

LA MUCHACHA.—¡Ernesto! Pero qué exigente eres. No te gusta nada. Ni la casa, ni el «Mercedes», ni el descapotable...

EL MUCHACHO.—Oye. Por curiosidad. ¿Tu padre a qué se dedica?

LA MUCHACHA.—¡Hombre! Papá tiene fábricas...

EL MUCHACHO.—¿Muchas?

LA MUCHACHA.—Pues, qué sé yo...

EL MUCHACHO.—*(Horrorizado)* ¡Mi madre!

*(Y escapa de nuevo hacia el fondo, como si alguien le persiguiera. Pero La muchacha da un paso y grita desolada, con toda su alma, con un inmenso desamparo)*

LA MUCHACHA.—¡Ernesto! ¡Mi vida! ¡No te vayas! No me dejes, por Dios, no me dejes...

*(Un sollozo)*

EL MUCHACHO.—¡Adelaida!

ADELAIDA.—Desde luego, yo estaba loca por ti...

EL MUCHACHO.—¡Adelaida! Pero ¿es que no comprendes? ¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué me has traído?

LA MUCHACHA.—¡Dios mío! ¡Y aún me lo preguntas! Te he traído para que mis padres sepan que nos queremos y que, pase lo que pase, nos vamos a casar...

EL MUCHACHO.—¿Estás loca? Pero ¿tú crees que los dueños de una casa como esta, que tienen un «Mercedes» y un descapotable y muchas fábricas, van a permitir que su única hija se case con un infeliz como yo, que no tiene nada?

LA MUCHACHA.—*(Furiosa)* ¡Ernesto! ¡No seas tan humilde! ¡No te achiques! ¡Hala, valiente!

EL MUCHACHO.—¡Ay, madre mía!

LA MUCHACHA.—¡Que tú vales mucho, mucho, muchísimo...!

EL MUCHACHO.—¡Adelaida! ¡No seas fantástica! ¡Que gano setecientas pesetas al mes y la gente dice que tengo suerte!

ADELAIDA.—*(Tiernamente)* ¡Pobrecito!

LA MUCHACHA.—*(Impetuosa)* Bueno. Pero escribes versos...

EL MUCHACHO.—*(Horrorizado)* ¡Toma! Eso, además...

LA MUCHACHA.—*(Con pasión y coraje)* ¡Ernesto! ¡Mi vida! Pero ¿a nosotros qué nos importa todo eso? Mi dinero y tu pobreza, tus setecientas pesetas y las fábricas de papá. ¿Es que ya no nos queremos? ¿Es que ya no me quieres?

*(El muchacho se vuelve vivamente hacia ella. Y se la queda mirando mordiéndose los labios y a punto de echarse a llorar)*

EL MUCHACHO.—¿Que si te quiero? ¡Maldita sea mi estampa! ¿Que si te quiero? ¡Y me lo preguntas tú!

*(Ella, repentinamente, corre hacia él y se refugia entre sus brazos)*

LA MUCHACHA.—¡Oh, mi vida! ¡Amor mío!

ADELAIDA.—Éramos tan puros, tan limpios. Y nos queríamos tanto, tanto...

EL MUCHACHO.—¡Nena! ¡Adelaida! ¡Mi Adelaida! ¡No me hagas soñar! Mira que solo te tengo a ti...

*(Ella, entre sus brazos, alza la frente y le mira enamorada)*

LA MUCHACHA.—¡Calla! Ya verás. Todo será muy sencillo. Mamá se te quedará mirando con muchísima curiosidad, como a un bichito, y me dirá: «¡Adelaida! ¡Hijita! ¿Quién es este muchacho?» Y entonces yo le responderé muy orgullosa: «¡Mamá! Este es Ernesto. ¿Qué te parece? ¿Verdad que es fantástico? ¡Mamá! Estamos enamorados el uno del otro y ya es imposible que nada ni nadie nos separe. Nunca, nunca. Figúrate, mamá. Nos conocemos desde hace una eternidad. Quince días. Fue una mañana, en el tranvía. Era un tranvía precioso, precioso, todo pintado de amarillo...».

ADELAIDA.—*(A punto de echarse a llorar)* ¡Aquel tranvía amarillo! El tres-cuatros. ¡Barrio de Salamanca!

LA MUCHACHA.—*(Con un emocionado entusiasmo)* ¡Ernesto! ¿Verdad que no tienen razón los que dicen que la vida es algo triste, sucio y feo? ¿Verdad que la vida es buena, bonita y maravillosa?

EL MUCHACHO.—Sí, Adelaida. La vida es buena, bonita y maravillosa...

LA MUCHACHA.—¡Amor mío!

*(En este momento un sollozo incontenible estalla en la garganta de Adelaida. Se pone en pie vivamente. Con una insólita desesperación, como pidiendo socorro)*

ADELAIDA.—¡Ernesto!

ERNESTO.—*(En pie)* ¡Adelaida!

ADELAIDA.—¿Qué hemos hecho? *(Da un paso y se refugia entre los brazos de Ernesto con una inmensa congoja)* ¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho?

ERNESTO.—¡Adelaida!

ADELAIDA.—¿Qué hemos hecho?

*(Los muchachos todavía se están besando. Y con las dos parejas abrazadas, una a cada lado del escenario, cae el*

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**